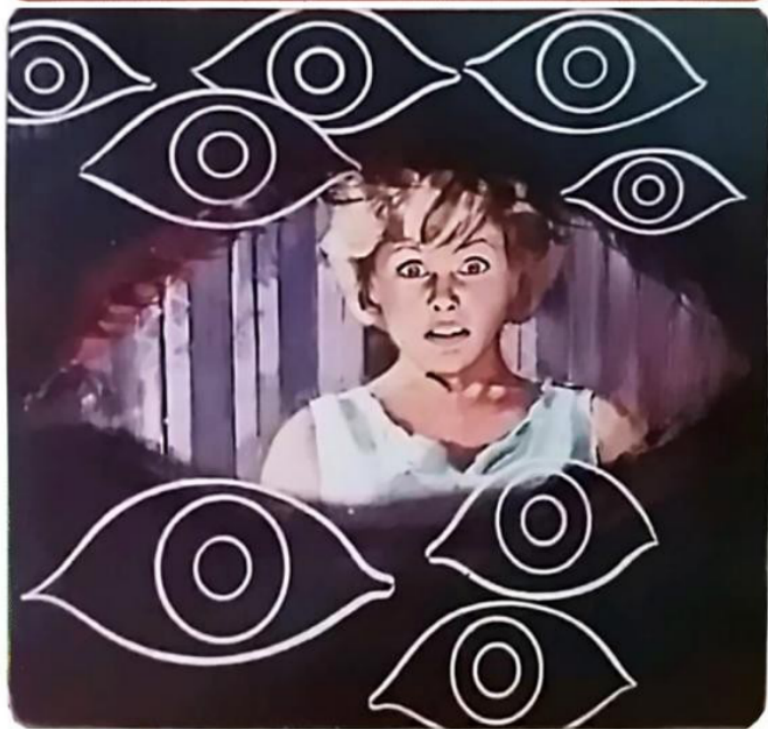




Silver Kane

LA MUERTE TIENE UN MILLON DE OJOS



**COLECCION
LA HUELLA**

eb

SILVER KANE

LA MUERTE TIENE UN MILLÓN DE OJOS

Colección LA HUELLA n.º 36
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 20.360-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: Julio, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Jorge Núñez - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

3.294. — La casa del fuego eterno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

753. — Las mujeres de Benson Ranch.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

672. — La muerte color de lluvia.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

289. — Benny Holt.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

29. — Los monstruos buscan la niebla.

CAPÍTULO PRIMERO

Clara se despertó con el rostro bañado en sudor.

O quizá tuvo solamente la sensación de que se despertaba, porque siguió quieta en el lecho y mordiendo nerviosamente un borde de la almohada. Sus propias uñas clavadas en el cuerpo le producían daño. Sus gemidos ahogados parecían llenar la habitación de misteriosas presencias.

Como si cien fantasmas susurraran algo a la vez.

Clara lo veía todo otra vez. Le parecía estar viviendo el momento alucinante.

Oía otra vez su propia voz desde la ventana, mientras le gritaba a Otis desde el segundo piso:

—¡No seas loco! ¿A qué viene encender esa hoguera ahí? ¡Vas a quemar la casa!

Pero Otis había encendido la monumental hoguera con la leña guardada para el invierno y danzaba en torno a ella como en los viejos tiempos de las brujas y los aquelarres. Nadie podía detenerle. Quizá sí, quizá era cierto que se había vuelto loco. Pero todos lo estaban en aquella noche infernal, dentro del recinto misterioso de la casa.

Clara volvió a gemir.

Los recuerdos volvían a ella en forma de mil manos misteriosas que le iban apretando la garganta.

Sí, aquella noche habían estado un poco locos. Hacía de eso tres meses y, sin embargo, aún le parecía que estaba ocurriendo otra vez. A través de las sombras del dormitorio oía de nuevo la voz de Mildred, que era la que había organizado la «fiesta».

—¿Pero ninguno de vosotros ha probado la heroína aun? ¿A que esperáis idiotas? ¿Qué queréis? ¿Morir siendo todavía unos bebés, sin haber aprendido nada?

Ni Clara ni los demás tenían demasiada experiencia en las

drogas, excepto Otis. Y aun éste se había limitado a fumar en toda su vida una docena de «petardos» de marihuana, mientras que los otros habían fumado uno o dos como máximo. Pero la invitación de Mildred había sido tan excitante, tan «nueva» que todos habían terminado aceptando.

Clara se removió en el lecho.

Le pareció estar viendo otra vez la enorme casa de altas columnas blancas, herencia de los abuelos de Mildred y de la que había tomado posesión en su mayoría de edad. Todo allí era viejo, era solemne, era pasado de moda. Incluso en el jardín, bajo unos sauces llorones, estaban las tumbas de los abuelos de Mildred, sepultados tal como se hacía en el siglo XIX con los grandes terratenientes del sur.

Aquella noche la luna daba sobre las losas blancas de las tumbas.

Pero la docena larga de personas que se habían reunido allí no estaban para sentir miedo esa noche. Todos se habían dedicado al baile frenético, al alcohol y por último a la heroína. Ninguno de ellos se había dedicado al sexo porque la heroína los dejó anonadados, hundidos. Les convirtió en pingajos que se arrastraban junto a las paredes y lanzaban extraños gritos en la noche.

—¡Otis, que vas a quemar la casa!

Pero Otis seguía bailando frenéticamente en torno a la hoguera que había encendido él mismo. Era el más enloquecido de todos ellos. El que más polvo de heroína había ingerido a través de las fosas nasales, hasta perder por completo la noción de sí mismo.

Clara dio una vuelta en la cama. Estuvo a punto de caer de ella mientras su sueño se hacía más intenso, más dramático. Veía de nuevo las fantásticas combinaciones de colores que la heroína daba a todos los objetos: las altas columnas habían dejado de ser blancas y ahora se volvían de pronto rosadas, azules, verdes, la vegetación del jardín adquiría tonalidades escarlata; la alfombra de la escalera, en cambio, se había vuelto espantosamente negra: era como el paño con que se cubre un túmulo mortuario.

Todos habían sentido miedo de pronto, todos habían captado repentinamente aquella llamada misteriosa del horror, aquella depresión horrible que venía detrás de la euforia de la droga. Y se habían reunido sin proponérselo en la habitación del segundo piso.

Mientras la hoguera del jardín se hacía más y más grande y ardía, ardía, ardía...

Clara la recordaría siempre.

Un resplandor rosado subía hasta casi la ventana, la sensación de que la casa entera podía incendiarse. Clara se había abrazado a su hermana Laura, sintiendo las dos el aguijón del horror. Los efectos de la droga estaban desapareciendo en parte, pero las dos sentían una postración infinita, un cansancio que no las dejaba moverse. Y el miedo penetraba cada vez más en sus huesos, en sus nervios, en su sangre.

Clara gimió:

—El reloj...

Sí; ahora, entre sueños, volvía a verlo. Era un reloj de carillón enorme, solemne, procedente de la gran época del Sur. Las pesas de bronce imitaban grandes cabezas de negros.

Clara chilló de pronto con todas sus fuerzas.

El aullido atravesó las paredes. Esta vez se despertó como alucinada, con el cuerpo empapado en sudor, mientras cada vez le era más difícil respirar y dominar los latidos alocados de su corazón. Dio media vuelta más y cayó de la cama. El frío de las baldosas la hizo reaccionar y darse cuenta de que todo aquello no había sido más que un sueño. Pero el horror ya estaba dentro de ella, ya la ahogaba con su mano invisible.

Unas luces se encendieron en las otras habitaciones. Se oyeron pasos. La puerta se abrió.

Su tío, el doctor Basil, vino en zapatillas y llevando una arrugada bata de casa.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Ni que tuvieras siete años...! —le dijo.

Clara tenía veinte, y además muy bien aprovechados. Sus formas duras y turgentes parecían desbordar los límites de su ceñida camisa de dormir. Tío Basil prefirió no mirarla.

Tomó un vaso de agua y una de las pastillas calmantes que había en la mesilla mientras murmuraba:

—Pero ¿qué te ha pasado? Hacía unas cuanta noches que dormías tranquila...

—Ha sido una... una... pesadilla.

—¿Una pesadilla de qué clase?

—Me parecía estar otra vez en... en la casa de Mildred.

—¿Durante la maldita siesta?

—Sí. Era como si lo viviese todo otra vez. Los colores de las drogas, los rayos de luna dando en las tumbas, la hoguera... Sobre todo la hoguera. Yo gritaba cien veces a Otis que no lo hiciera... que no lo hiciera... ¡que no lo hiciera...! ¡Dios mío!

Se tuvo que llevar las manos a la cabeza porque otra vez sentía el estremecimiento del horror. Tío Basil le dio a tragar la pastilla. Luego musitó:

—Aquello ya pasó, Clara. Debes pensar que ya pasó. Desde entonces el tribunal os puso bajo mi custodia y no os aplicó ningún castigo por el consumo de drogas, de modo que aquélla es una vieja historia sin ninguna consecuencia. Debes repetírtelo una y otra vez, para tranquilizarle: aquello no tuvo ninguna consecuencia.

—Pero... pero Otis murió aquella noche...

—Nada se saca pensando en eso. De acuerdo: Otis murió. Pero ya es una historia pasada. Vamos... Tienes que dormir. No quisiera que con tus gritos despertaras también a Laura.

Clara comprendió que era verdad, que tenía que dormir o se volvería loca. Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada. Pero de pronto casi brincó mientras aferraba angustiosamente las solapas de la bata de tío Basil.

—Tí... tienes que prometerme una cosa —dijo.

—¿Qué?

—Que mañana mismo venderás el reloj de carillón que tienes en la habitación de al lado. No puedo soportarlo. Yo creo que es su tic-tac

el que me ha hundido en esa pesadilla.

—Pero ¿qué tiene que ver el reloj? No puedo venderlo así como así, compréndelo... Es muy valioso. Y muy antiguo.

—Me da... miedo.

—¿Por qué?

—Yo creo que se parece al que había en aquella casa la noche de la fiesta.

Tío Basil movió la cabeza pesarosa mente.

—No tengas miedo. Mañana mismo hablaré con un anticuario para que se lo lleve. Duerme tranquila... Tranquila...

La muchacha cerro los ojos mientras la invadía un dulce sopor. El calmante producía su efecto, y además ella tenía una gran

confianza en tío Basil. Poco a poco quedo dormida otra vez. Noto que las luces se iban apagando en torno suyo.

Clara volvió a agitarse en la cama mientras la pesadilla empezaba de nuevo. Pero ahora quizá era peor, porque la pastilla calmante le había quitado las fuerzas y ella estaba segura de que no iba a poder moverse si pasaba algo. Era como si la hubiesen atado ante el mudo horror, ante la oscuridad de la noche.

La pesadilla empezó de nuevo. Atenazada como estaba en la cama, le pareció ver otra vez el grupo que se había congregado en la habitación, dominado por el horror y el sueño, después de la toma de la heroína. Ella estaba abrazada a su hermana Laura, un año más joven. Los demás se contorsionaban para darse valor. Una de las chicas se había quitado toda la ropa y lanzaba gemidos histéricos. Mildred también se agitaba y trataba de dar golpes a todo el mundo, como dominada por un ciego furor. Pero, al parecer, no tenía fuerzas para encontrar a nadie, porque caía al suelo una y otra vez.

A Clara le parecía oír de nuevo su propia voz:

—Pero decidle a Otis que apague la hoguera... Que la apague de una vez... Va a quemar la casa...

—Piensa que se ha convertido en un brujo —decía Mildred torpemente—. Déjale que disfrute... Es como volver a la Edad Media. Va buscando los espíritus del fuego y acabará por encontrarlos. Je, je... ¡Acabará por encontrarlos...!

En aquel momento había aparecido Otis. Clara lo recordaba como si lo estuviera viendo otra vez. Tenía los cabellos desordenados y las facciones algo ennegrecidas por el humo de la hoguera. Lanzaba gritos estridentes mientras bailaba de un lado para otro, igual que si estuviese de nuevo ante las llamas. Tropezó con la pared y luego con Mildred. Empezó a bailotear junto a la ventana.

Y entonces ocurrió aquella cosa imposible.

Clara aún lo recordaba con un estremecimiento de horror.

Mildred lo empujo. Fue algo quizá involuntario, pero todos lo vieron perfectamente: le empujo.

Otis lanzó un grito alucinante mientras bailaba junto a la ventana, mientras vacilaba, mientras intentaba sujetarse al aire.

Un terrible salto al vacío.

Dos pisos de caída libre.

Y abajo, la hoguera.

Clara sintió otra vez los espasmos del horror mientras se aferraba a los bordes de la cama.

Todo daba vueltas en torno suyo mientras la visión se repetía una y otra vez. La hoguera...

La hoguera... La hoguera.

El cuerpo de Otis abrasándose abajo.

A Clara le pareció encontrarse otra vez al borde de la ventana.

Contemplar aquella alucinante visión.

Le pareció oír los gritos, el crepitar de las llamas...

Y aún recordó como una cosa viva su alarido alucinante cuando se apartó de allí, empezando a tropezar con las paredes. Aún recordaba su gemido gutural cuando, en el colmo del miedo, se abrazó a algo, creyendo que era un ser humano. Cuando se abrazó a una de las cabezas del reloj, fundidas en bronce. Cuando tuvo la sensación de que tocaba la propia muerte.

Ahora Clara se sentó en la cama. La pastilla calmante la había dejado sin fuerzas, pero podía ver, podía pensar, podía sentir. Sus ojos alucinados recorrieron la habitación sumida casi en tinieblas.

Veía la ventana sobre la que daba la luz de la luna.

Oía los susurros misteriosos del jardín.

Pero no era eso lo que le daba miedo. Lo que le daba miedo eran sus propios pensamientos. Su absorbente sensación de que algo había ocurrido, algo que no podía precisar, algo que estaba más allá del bien y del mal, más allá de la vida y la muerte.

Un gemido entrecortado surgió de su garganta.

Le fallaban las fuerzas.

Pero aun así pudo ponerse en pie y caminar a tientas por entre la penumbra. Sus manos parecían apartar las sombras como si éstas fueran espesas cortinas de gasa.

Algo había ocurrido.

No sabía lo que era, pero algo había cambiado.

Le pareció que se trataba de un sonido.

Un sonido que quizá antes existía y ahora no. Algo a lo que se había acostumbrado, hasta hacerse inaudible, pero que ahora, al fallar lo cambiaba todo. Algo que ya no martilleaba su cerebro como martilleo unos minutos antes.

Clara se dio cuenta entonces cuando ya estaba en la puerta.

Balbució:

—Dios santo...

Era el reloj lo que había cambiado. Su leve sonido ya no penetraba furtivamente a través de las paredes. Su

tic-tac

monótono ya no parecía como el latido misterioso de toda la casa.

Clara tembló.

¿Por qué se había parado?

Abrió la puerta.

Más allá estaba la habitación del reloj. Estaban las sombras espesas del salón. Las vitrinas antiguas con los jarros y los cubiertos de plata.

Y estaba también la esfera donde las agujas ya no giraban. Estaban las dos cadenas de las que colgaban los contrapesos.

De pronto el chillido alucinante atravesó la casa.

Clara cayó de rodillas.

Sus ojos estaban desencajados.

Sintió una terrible arcada en el estómago. Casi devolvió lo que había en él. De su garganta escapó un rugido.

Porque el reloj se había parado por una razón. De él faltaba un contrapeso. Y la pieza de bronce había sido sustituida por una cabeza humana colgada por los cabellos. Por la cabeza de la persona que Clara más quería en este mundo. Por... ¡por la cabeza de su hermana Laura...!

CAPÍTULO III

El aullido de la ambulancia había estado sonando toda la noche, quizá todas las noches del mundo.

Había estado sonando toda la eternidad. Clara lo tenía grabado en la cabeza mientras rasgaban las sombras con dos faros que llegaban desde el infinito. El viaje hasta el hospital le había parecido una especie de vuelo alucinante, una aventura sin sentido que le ocurría a otra persona que no era ella misma.

Luego las voces.

Una de ellas le resultaba algo conocida.

¿El inspector Murray, de la brigada de Homicidios? ¿No era él quien había empezado a investigar el caso de la muerte de Otis, el que primero les había interrogado a todos? Claro que era él, pero... ¡Dios santo, qué lejos estaba eso...!

—¿Qué le han administrado?

La voz era tranquila y clara.

—Pantopón.

—¿Dosis fuerte?

—Muy fuerte.

—¿No puede producirla alteraciones? Tiene motivos para haber quedado deshecha...

—Y tanto que los tiene. La visión ha sido alucinante. A mi aún me parece mentira. Y eso que tengo experiencia...

Las voces iban y venían, se alejaban, daba la vuelta, regresaban a ella... Clara llegó a darse cuenta de que los que hablaban eran el inspector Murray y un par de médicos, pero estaba tan hundida que no podía ni abrir los ojos para mirarlos. Una idea obsesiva le estaba diciendo, sin embargo, que lo de Laura era verdad... ERA VERDAD...

Volvió a perder el sentido. Su cerebro se hundió en una postración infinita.

—Va a perder el sentido otra vez... Qué suerte tiene.

Cuando lo recobro, estaba aún en la cama del hospital, pero por la ventana entraba la luz del día. Pudo ver que alguien había puesto allí un ramo de flores, quizá para animarla. Pudo ver también que un hombre joven y fuerte, con los ojos cargados por el sueño de toda la noche anterior, la estaba mirando desde las cercanías de la ventana.

—¿Esta mejor, Clara?

Ella respiró hondamente con sus fuerzas recién recuperadas. Sí, era el inspector Murray. Seguro que había estado allí desde el primer momento.

—No quiero engañarla —dijo—. Le han puesto un inyectable más para que todo lo vea con indiferencia. ¿Cómo se siente ahora?

—Sa... sabía que me habían puesto una inyección de ésas... Cuando ocurrió lo de Otis también me las pusieron.

Murray se acercó a ella y le dio a beber un líquido claro que parecía agua tónica. Luego susurró:

—¿Quiere declarar ahora, señorita Bell, o me marchó?

—No. Pre... prefiero declarar.

—¿Qué le hizo salir de su habitación?

Ella lo contó todo. Contó la primera pesadilla, la visita de tío Basil, la pastilla calmante, la segunda pesadilla. Luego una oscura fuerza la había hecho incorporarse: la sensación de que faltaba algo y aquel algo era el sonido del reloj.

Ya no lo veía todo con las brumas espantosas de la noche anterior. La inyección para aumentar su indiferencia producía efectos casi mágicos. Pero su corazón latía aceleradamente y cada vez con más fuerza, como si estuviera a punto de romperse.

—Clara Bell —dijo Murray lentamente—, hay algo que quiero que me explique otra vez.

—¿El qué?

—La muerte de Otis.

—La he explicado di... diez veces. Usted lo sabe todo tan bien como si hubieran estado allí. La fiesta, la hoguera, la terrible excitación de Otis, el empujón de Mildred, la caída... ¡TODO!

—Pero quiero que me lo explique otra vez. Es posible que yo pueda ayudarla con algunas preguntas, para que sea más fácil. Por ejemplo: ¿era la primera vez que usted y sus amigos de la

Universidad tomaban heroína?

Clara movió la cabeza angustiada mente.

—Lo dije también entonces... ¡Claro que era la primera vez! Yo tenía en mí «historia» un cigarrillo de marihuana, pero no creo que eso baste para considerarme una drogadicta. En efecto, aquello fue la iniciación y también el final. Fue el Infierno. Sé que no volveré a repetirlo más.

—¿Cuántos eran?

—Lo sabe mejor que yo, inspector Murray. Lo he declarado no sé cuántas veces. Éramos doce. Todos compañeros de Universidad que habíamos terminado la carrera y nos creíamos los amos del mundo. Entonces apareció Mildred y nos dijo que en la gran casa de sus abuelos íbamos a dar «la fiesta del siglo». No nos habló claramente de la heroína, pero lo dio a entender.

—¿Qué buscaba usted en aquella orgía?

—No lo acepté como una orgía, inspector. Le he dicho ya cien veces que yo y... y mi hermana fuimos por simple curiosidad. Había algunas parejas de chicos y chicas que esperaban adquirir con la droga un gran impulso sexual y poder hacer el amor no sé cuántas veces... Pero se llevaron un buen chasco. Yo los vi cómo pingajos caídos por los suelos... Daban asco. Los demás tuvimos miedo porque aquello ya era alucinante. Hay cosas que la gente no sabe de la heroína: todos los colores brillantes y luminosos se van volviendo luego siniestros y tristes. Una cree estar en un cementerio. Se palpa incluso el olor a depósito de cadáveres. Era horrible...

Murray tomaba breves apuntes de todo aquello, aunque debía tenerlo anotado más de una vez.

—¿Otis mismo encendió la hoguera?

—Sí. Dijo que quería recordar los tiempos de las brujas.

—¿Acaso creía en brujas?

—No lo sé. Él hablaba a veces de aparecidos y todo eso. Vivía como un pachá, puesto que tenía más dinero que nadie, pero algo le atormentaba. Todas nos dábamos cuenta de que podía llegar a ser un neurótico.

—¿Dijo alguna vez que tenía contacto con los espíritus?

—Sí, pero no hay que hacer caso. Casi todos los no tienen nada que pensar dicen a veces cosas de ésas.

—¿Usted cree que intentó suicidarse?

—No. ¿Por qué había de intentarlo? Me doy cuenta de la gravedad de mis acusaciones, pero debo decir la verdad como la dije entonces: fue Mildred quien le empujó.

Las facciones de Murray se endurecieron un poco.

—¿Sabe que Mildred está procesada? —preguntó.

—Claro que sí, pero confío en que no le ocurra nada.

—¿Sabe que usted, su hermana Laura y cinco personas más de las que en aquel momento estaban en la habitación son los testigos de cargo? ¿O lo eran?

Clara encajó el «eran» referido a su hermana Laura. Todo dio vueltas en torno suyo. La inyección ya no le producía tanta indiferencia como antes.

—Claro que me doy cuenta —susurró—, pero repito que espero que no le ocurra nada a Mildred. Lo hizo todo bajo el efecto de las drogas, y eso anula casi por completo la responsabilidad.

—A menos que sea uno mismo el que las difunde.

—Ella no las difundía. No nos las vendió.

—Pero quizá trataba de acostumbrarles a ella.

—¿Qué dice? ¿Que Mildred nos estaba pervirtiendo...? Ella sólo quería probar emociones nuevas, como todas nosotras. Y no nos pidió ni un centavo por lo que estábamos haciendo.

—De acuerdo, pero ¿ha pensado en lo que hubiera ocurrido si ustedes llegan a habituarse? Un cigarrillo de marihuana no origina dependencia, pero una toma de heroína puede originarla. Y si ustedes llegan a convertirse en esclavos de la droga hubieran hecho cualquier cosa por tenerla en dosis más y más fuertes. Incluso distribuirla y venderla por cuenta de Mildred.

—Está loco —balbució la muchacha—. No es eso lo que pienso declarar ante el jurado. No lo haré.

—Pues a su hermana la mataron por algo. No fue por casualidad. Y todo eso indica que el asunto es mucho más importante de lo que cree, tanto que la muerte aún se puede volver a repetir. Yo, en su lugar, tomaría precauciones. No es demasiado cómodo a veces el oficio de testigo de cargo...

Murray se puso en pie.

Miró su reloj.

«Ha tardado cuatro minutos más de lo previsto», pensó.

La reacción era lógica. Los inyectables vertidos directamente a la

sangre de Clara tenían que provocar aquello. Estaba tan atiborrada de calmantes que por fuerza tenía que hundirse otra vez.

Salió de la habitación, porque ahora la muchacha necesitaba descansar. Guardó su libreta de apuntes en la cartera que había sostenido sobre las rodillas.

En esa cartera había unas fotos espantosas de una cabeza humana colgada como si fuera el contrapeso de un reloj.

Pero él no quiso mirarlas. Aún sentía desde aquella mañana una cosa extraña que le revolvía el estómago.

CAPÍTULO III

La puerta acolchada.

La habitación de los dictáfonos.

Los ojos penetrantes de Mulder.

Murray penetró en la habitación y tomó asiento frente a la mesa de su jefe. Mulder, un verdadero perro de presa que dominaba a toda la policía de la zona de Nueva Orleans, le contempló con la expresión apacible del que le va a dar a uno una medalla o le va a atizar un mordisco. Luego susurró:

—¿Bien...?

—Sí. La chica descansa ahora.

—¿Qué ha declarado?

—No gran cosa. En realidad, todo lo que ha dicho lo sabíamos ya. Pero hay una cosa evidente, y es que la visión de aquella noche en la casa de Mildred ha vuelto a ella varias veces. Es como una pesadilla que no consigue remediar. Y parece que la noche pasada adquirió caracteres de locura.

—¿No la estará drogando Basil?

—No. Es un médico honrado y además la quiere. También quería a Laura tanto que ahora al pobre tipo lo tenemos en una de las habitaciones del hospital casi en estado de coma. No sé si va a resistir el golpe.

—¿Sabe la chica que Mildred era una profesional? —preguntó de repente—. ¿Está enterada de que comerciaba con drogas?

—No. Ella aún cree que aquello fue una fiesta de «aficionados», aunque yo le he insinuado hoy que puede ser más serio.

—¿Le ha dicho que Mildred pudo tratar de pervertirlos a todos para convertirlos en sus distribuidores?

—Sí: eso es lo que le he insinuado.

—¿Y que quizá Otis también participaba en el negocio de Mildred?

—Ésa es una simple teoría que no se ha podido probar. El dinero de Otis podía venir de muchos sitios que no fueran las drogas. Y lo que no le he dicho también es que el proceso contra Mildred va a tener más importancia de lo que todos creen.

—Por supuesto que va a tener importancia —gruño Mulder—. Asesinato en primer grado, puesto que arrojó desde un segundo piso sobre una hoguera, a un compañero de orgía. Confabulación para drogar a unos infelices. Intento de perversión. Prestación de su hogar para la comisión de perversiones sexuales, aunque éstas no llegaran a realizarse porque los pájaros no aguantaron. A Mildred se la puede condenar a reclusión perpetua perfectamente. En esas condiciones, es más que posible que tenga interés en matar a los testigos de cargo.

Se retrepó en su asiento y añadió con la mirada perdida:

—Sin las declaraciones de esos testigos, nadie la condenará. No hay más pruebas que las palabras de esa gente. Y el interés que puede tener Mildred y los que le facilitaban la droga es tan grande que justifica, desde su punto de vista, cualquier crimen, por monstruoso que sea. No me sorprendería tanto como parece que la solución al caso pudiera venir por ahí.

Murray negó con la cabeza.

—No puede ser —dijo—. Mildred está entre rejas desde hace varias semanas, aunque los testigos piensan que le ha sido concedida la libertad bajo fianza.

—No, amigo —dijo Mulder lentamente, recalcando cada una de las sílabas.

—¿No? ¿Por qué no? —Gruñó Murray.

—Porque hace muy poco que se fugó —dijo Mulder, recalcando otra vez las sílabas una a una—. Se fugó anteanoche...

CAPÍTULO IV

El hombre dijo secamente:

—Le presento al sargento Thompson, experto en los servicios de seguridad.

El sargento Thompson tenía nariz de halcón, ojos penetrantes y expresión astuta.

—Él es principalmente experto en la protección de personas —dijo el capitán Duvalier secamente—, pónganse de acuerdo los dos.

Y se alejó, dejándolos a ambos en aquella pequeña taberna del barrio francés, una taberna instalada en un patio y que parecía tener el perfume, el sol, el aire, de la lejana Provenza. Uno hubiera podido creer que había sido trasladado a la Francia de Luis XV de no ser por la negra de enormes posaderas que limpiaba las mesas mientras cantaba una vieja tonadilla:

... Que viene el negro zumbón.

El bayón, el bayón, el bayón...

Aquello le pareció prehistórico a Murray, pero a la negraza le entusiasmaba. El sargento Thompson también la estaba mirando. Pero al fin apartó de ella sus ojos pecadores mientras decía en voz baja a Murray:

—El capitán Mulder me ha hablado de Clara Bell.

—Sí.

—Es ésa a cuya hermana pusieron de adorno en un reloj, ¿no? Una cochina historia donde las haya... No entiendo cómo puede haber gente que tiene estomago para hacer eso. Siento arcadas.

—Yo también —dijo sombríamente Murray—. ¿Y qué quiere el capitán Mulder? ¿Para qué me ha hecho citarme con usted?

—Dice que he de proteger a Clara Bell.

—¿Usted?

—Soy un experto. Ya sé que usted no me conoce, Murray, pero le aseguro que si yo protejo a una persona, a esa persona no le ocurre nada. Ni un ala de paloma la puede llegar a rozar. Por lo tanto, he de hacerme cargo de Clara antes de que el proceso se celebre. Tiene que llegar viva a él.

—¿Que proceso? Mildred ha huido.

—La atraparemos. Lo importante es que no pueda repetir el golpe con ningún otro testigo de cargo.

Murray asintió de una cabezada. Todo aquello le parecía también una pesadilla.

—¿Adónde piensa llevarla? —susurró—. ¿A la cárcel?

—No, no sería justo. Y tampoco soy un tipo tan primario, maldita sea. Para proteger a la gente metiéndola en la cárcel no hace falta ser especialista. Tengo una idea para que a Clara no le ocurra nada y al mismo tiempo no se sienta prisionera. El edificio Carlton Tower.

—Es el más alto de Nueva Orleáns. ¿Qué pasa con él?

—Pues eso: que es el más alto. He alquilado, con fondos estatales, el apartamento situado en la parte superior. Encima ya sólo está el tejado y la antena de televisión. El apartamento tiene dos habitaciones independientes, una para mí y otra para la chica. El ascensor que sube a ese último piso es especial. Con un hombre de guardia allí las veinticuatro horas del día, ni el propio Satanás podrá tomarlo. Nadie que no esté controlado subirá por él.

Murray reflexionó sobre todo aquello. El sargento Thompson podía resultar un hombre caro para el Estado, pero seguramente era eficaz. No se advertía quién diablos iba a poder ser capaz de matar a Clara Bell en cuanto la encerrasen en aquella especie de avión. Era verdad que no la rozaría ni el ala de una paloma.

Pero Murray quiso encontrar dificultades.

—¿Tiene terraza el apartamento? —preguntó.

—Claro...

—Ella podrá salir, supongo.

—Por supuesto. Habrá que reconocerle un mínimo derecho a tomar el sol cuando le plazca, ¿no?

—En ese caso podrían matarla desde un helicóptero.

—Narices... Je, je... Ningún helicóptero se va a acercar por allí, ya que lo controlaremos todo, pero además he hecho instalar una

pantalla de cristal antibalas que sin embargo deja filtrarse los rayos caloríficos del sol. Ni aunque un avión hiciera una pasada lograría causarle el menor daño.

Murray estaba asombrado.

—¿Y la comida? —preguntó.

—La preparara la misma policía. Y se la haremos probar al cocinero antes de que la entregue.

—Cuerno...

—Yo nunca fallo amigo. Modestia aparte, soy el mejor. Nunca han matado a nadie a quien yo protegiera —dijo el sargento Thompson—, aunque debo reconocer que tengo mis métodos. Ah... si va a preguntarme por el agua que beberá esa chica, le contestare que llegará embotellada y precintada al apartamento. Y las medicinas y calmantes que le receten sufrirán un minucioso control.

—Aparte de que usted estará en la habitación de al lado, ¿verdad, Thompson?

—No la dejaré de día ni de noche.

—Pues entonces podemos considerar que está completamente segura, pero ¿por qué no protege igual a los otros testigos de cargo?

—Me han encomendado que cuide de Clara Bell y lo haré. Los otros testigos no son cosa mía, aunque supongo que no corren tanto peligro como ella. Si han matado salvajemente a una hermana, matarán a la otra.

—¿Cuándo va a llevársela?

—Esta misma noche.

—Supongo que no tendrá inconveniente en que me despida de ella.

—¿Es que son amigos?

—Inicié esa investigación desde el primer momento, y he hablado bastantes veces con Clara Bell. Sí... Puede decirse que somos amigos, dentro de lo que pueden serlo un policía y una pobre muchacha a la que por poco no metemos en la cárcel. Junto a ella pasé ratos bastante malos, como cuando se trató de identificar los restos de Otis, que estaban completamente irreconocibles y quemados hasta el fondo de los huesos. Como todos aquellos drogados estaban muertos de miedo, nadie lo retiro de la hoguera hasta que las llamas lo hubieron devorado por completo. Sí, ése fue un mal trago... Pero ha habido otros. La acusación por haber

participado en una reunión de drogadictos, por ejemplo. La pobre muchacha estaba tan avergonzada que no la sostenían las rodillas.

—Pero de todos modos salió bien librada, ¿no? Sólo la condenaron a quedar una temporada sometida a vigilancia de su tío Basil, aparte de presentarse para inspecciones rutinarias en Sanidad. ¿No es eso?

—Sí, salió bien librada legalmente hablando —dijo Murray mientras dirigía una última mirada a las posaderas de la negra del bayón—, pero moralmente fue otra cosa. La chica quedó amargada y sin querer ver a nadie. Tenía la muerte de Otis clavada en la memoria como una pesadilla que se repetía una y otra vez. No me extraña que le haya acabado sucediendo lo de la pasada noche.

Los dos bebieron sus copas de vino, un *beaujoulais* que era francés legítimo, salieron de allí.

Cuando llegaron al río, las ratas de una vieja barca se dedicaban a zambullirse en el río Mississippi.

La puerta pintada de gris y en la que figuraba una plaquita con su nombre.

Las dos butacas color rojo.

Las piernas de la chica.

Ella las enseñaba generosamente y no pareció importarle el hecho de que Murray se fijara en sus curvas más de una vez. Tendió una libretita con unos apuntes y susurró:

—¿Ya no me recuerda?

—No —dijo Murray mientras dejaba la americana sobre una de las butacas—. No la recuerdo, y crea que lo siento. No tengo idea de quién es usted.

—Soy Nora Custer. Me citó hace tres días. ¿Es posible que ya lo haya olvidado?

Murray se pasó una mano por la frente. Estaba realmente «fuera de juego» en los últimos días.

—Ya sabe que hago encuestas para el instituto Gallup —murmuró ella—. Mi equipo se ha desplazado a Nueva Orleans para hacer unas preguntas a las gentes que en el sur ejercen profesiones de clase media. Queremos saber cuál es su nivel intelectual, aficiones, ideales políticos, problemas económicos, vida sexual...

—Sobre la vida sexual podría hablar con usted muchas horas —

dijo Murray—, pero me temo que acabaría aburriéndola. En fin, ya que está usted aquí, esperándome, puede preguntar lo que quiera. Le anticipo que soy bastante bueno, tengo poco dinero y me gustan las mujeres llenitas. ¿Es eso bastante?

Ella rió.

—¿Cómo es su vida sexual? —preguntó.

—Bueno... Pues...

En aquel momento sonó el teléfono.

Les habían interrumpido cuando la cosa empezaba a ponerse bien.

Murray descolgó.

Era la voz de Thompson, el especialista en protecciones:

—Murray, le he llamado a su apartamento porque sabía que le encontraría ahí. Las cosas se han precipitado un poco. Por razones de seguridad voy a ingresar enseguida a Clara en el Carlton Tower. Ya está mucho mejor y puede ser trasladada allí sin peligro. ¿No me ha dicho que quería despedirse de ella?

—Sí, claro que sí. Pero ¿es que ya no podrá verla nadie cuando esté viviendo en aquella especie de torre de marfil?

—Procuraremos que no reciba visitas. Hala, arree si quiere verla. Voy a hacer el traslado enseguida.

Murray miró a Nora Custer.

—Lástima —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Se ha dado usted cuenta de repente de que no tiene vida sexual?

—Me he dado cuenta de que no tengo tiempo, que es una forma de no tener vida sexual.

—Usted es uno de los policías más jóvenes de Nueva Orleans y de los que tienen mejor hoja de servicio. Me he informado. La encuesta que nos han ordenado hacer tiene un apartado que indica que hay que preguntar a la élite de cada profesión. No me quedará más remedio que volver a verle... si no le molesta.

—Hablaremos en otro momento de mi vida privada, señorita Custer. Y ahora permíteme... Ah, puesto que el conserje la ha dejado entrar en mi apartamento, puede quedarse en él y revisar los libros si quiere. No se si le servirán para la encuesta. Puede que encuentre también algunas facturas sin pagar, pero eso no lo apunte.

—Va a ser un poco penoso para ti —dijo tratándola con confianza—. Quizá la vida en lo alto de esa inmensa torre sea un poco aburrida, pero al menos estarás a salvo. No te ocurrirá lo que a tu hermana Laura.

Los ojos de Clara se cerraron un momento. Pasó por ellos una chispita de dolor.

—Laura ha... ha sido enterrada hoy —dijo.

—Sé que es difícil, pero tienes que tratar de olvidarte de ella. Dentro de lo posible tienes que borrar de tu memoria aquella horrible imagen... Piensa únicamente que en lo alto de la Carlton Tower estarás segura. Ningún poder maléfico de los que han llegado hasta Laura... le alcanzará a ti.

Los ojos de la muchacha se habían abierto de nuevo.

—Tengo la sensación de que... de que aquel poder maléfico... puede alcanzarme igualmente —dijo ella con voz opaca.

Murray se estremeció durante un instante fugitivo.

No supo por qué.

Pero le pareció que el miedo, como el ala de una paloma, le rozaba a él también y le producía un escalofrío.

—Todo empezó con Otis —siguió diciendo ella con aquella voz que no parecía la suya—. Otis era aficionado a las cosas de brujería.

—El que encendiera una hoguera y se pusiera a bailar en torno a ella no significa eso, significa solamente que estaba empapurrado de droga.

—Pero aquella noche había algo... algo... En fin no puedo precisarlo. De todos modos han ocurrido cosas extrañas desde que Otis murió. Otras cosas que no tienen nada que ver con el horrible asesinato de mi hermana Laura. Cosas que son más extrañas, más sutiles...

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, el vestido que yo llevaba aquella noche.

—¿Que pasó con él?

—Una cosa absurda. Alguien lo sacó de mi armario.

—Bueno, ¿y qué?

—Lo llevó a la tintorería.

—Bueno, ¿y qué? Menuda vulgaridad... Lo haría cualquiera de las criadas de tu tío Basil.

—No, nadie lo había tocado. Lo curioso es que el vestido estaba

limpio, pero lo sacaron del armario, lo llevaron a la tintorería y luego lo volvieron a dejar en su sitio como si no hubiera pasado nada. Ninguna de las sirvientas había hecho aquello. Y yo me di cuenta de que allí había algo sutil, algo misterioso y que no se podía explicar, Comprendí que allí estaba la presencia de la muerte.

Ahora el que cerró un momento los ojos fue Murray.

Se dio cuenta de que la chica estaba trastornada. A una cosa tan inocente como era el que alguien llevase un vestido a la tintorería le daba un significado macabro.

—Quizá la soledad te calme —dijo con suavidad, deseando animarla—. En el sitio donde vas a vivir tienen buenos discos, buenos libros. Estarás segura del todo porque Thompson cuidara de ti. Creo que dentro de una semana habrás olvidado por completo esta pesadilla.

Y fue a estrecharle la mano, pero ella hizo algo más. Acercó la cabeza un poco. Tendió los labios. Una caricia ardiente y secreta se posó en la boca de Murray.

Fue solo un momento.

Thompson ya volvía.

—Está bien de despedidas, ¿no?

Se llevaba a la muchacha hacia la entrada de la torre. Un par de policías vigilaban discretamente la puerta. Se distinguía al fondo el ascensor exclusivo que subía al último piso y en el que montaban guardia dos policías más. Imposible para un ser humano intentar nada contra Clara Bell.

Clara Bell estaba segura.

Murray se puso un cigarrillo en los labios y murmuro:

—Vaya día de suerte... ¡Dos señoras estupendas que se me ponen a tiro hoy y las dos que se me fastidian...!

CAPÍTULO V

Clara Bell tuvo enseguida la sensación de que la muerte estaba allí.

Era una sensación inexplicable.

Thompson murmuró:

—¿Qué le pasa?

—Nada No me haga ningún caso. A veces tengo otra vez la sensación de aquella horrible pesadilla.

—Ya se le pasará... Con sólo unos días que esté aquí se encontrará mucho mejor, puede estar segura... Mire ésta es su habitación, con su cuarto de baño y salida a la terraza. Nadie, absolutamente nadie, puede llegar hasta usted, ni siquiera desde un avión. Yo estaré en la habitación de al lado, que es independiente, pero un solo grito me bastará para llegar en dos segundos adonde usted se encuentre. Aparte de eso, le aseguro que cuidaré de todos los detalles. Va a correr menos peligro que si estuviese en una caja blindada rodeada de policías.

Ella asintió.

Sabía que Thompson era el mejor especialista en protecciones que existía en Louisiana.

Y sin embargo... Sin embargo seguía notándose en el aire, en las sombras, la presencia invisible de la muerte.

Clara lo intuía.

Era algo que parecía penetrar por sus ojos de un modo misterioso.

Pero no sabía dónde estaba.

—Todo está bien revisado —dijo Thompson—. Hasta los cristales son a prueba de balas. Ah... La comida y bebida que usted consume le llegarán a través mío. No podrá probar absolutamente nada que no controle yo.

—Me parece normal, señor Thompson. Ya me dijo que ésa sería

una de las condiciones.

—¿Y la herida? —pregunto inesperadamente Thomson.

—Ah... Ese pequeño rasguño que me hice no sé cómo...

La muchacha mostró entonces la mano izquierda donde había un leve corte.

—Fue una tontería hacerme ir al médico para esto —balbució la muchacha—. A mí personalmente me dio vergüenza. Por un rasguño que parece causado por un alfiler...

—Yo soy muy cuidadoso con los detalles —dijo Thomson—. Tenía que estar absolutamente seguro de que no había ningún peligro. Ya me ha dicho el médico que era una idiotez y que no pensara más en ello. ¿Que va a hacer? ¿Va a descansar?

Ella miró su reloj.

—Sí. Creo que voy a descansar —dijo—, será mejor.

Y cerró la puerta.

Miró en torno suyo.

Tenía allí una completa sensación de seguridad.

Y, sin embargo, la oscura sensación estaba allí.

Allí flotaba la presencia oscura de la muerte.

Fue hacia la madrugada cuando tuvo la sensación de que estaba allí.

De que ella dormía con la muerte.

Mientras despertaba, mientras encendía la luz y miraba en torno suyo con ojos alucinados, Clara Bell se daba cuenta de que aquello era absurdo, de que no había nada que temer y de que aquella pesadilla no tenía la menor relación con la verdad. Pero era inútil. No se pueden hacer tratos con el miedo ni se pueden hacer tratos con la muerte.

Contempló las paredes.

Todo tranquilo.

La luz era blanca, irreal, lechosa. Mostraba hasta los menores detalles de la habitación, y en ella no se apreciaba ningún peligro. No había entrado nadie. Jamás entraría nadie si ella no quería. Y sin embargo, allí estaba la muerte.

Clara Bell entornó los párpados.

No se captaba el menor sonido.

Nueva Orleans, cuarenta pisos más abajo era una ciudad muerta.

Se lo repitió una y otra vez.

Ni el diablo podía llegar hasta allí.

Pero sus ojos rodaban por los rincones. Iban de un lado a otro como perseguidos por la luz lechosa.

Y entonces la vio.

La muerte.

Estaba allí.

La miraba desde poca distancia.

La miraba solamente... ¡a ella!

En la piel de Clara Bell, la muerte había clavado un millón de ojos.

Y entonces, sólo entonces, la muchacha lanzo un chillido alucinante, un grito que hizo estremecer las paredes, un alarido que obligo a Thompson a saltar de la cama, al otro lado del tabique, como si le hubieran dicho que acababa de declararse la Tercera Guerra Mundial.

El policía abrió la puerta que separaba los dos compartimentos. Tardó en eso un tiempo absurdo, un tiempo demasiado largo, porque estaba tan nervioso que no sabía lo que le pasaba. Mientras tanto oyó gritar a la muchacha dos veces más. Pero la última de una manera ahogada, lejana...

Thompson saltó al interior.

La luz cruda, la luz demasiado blanca pareció saltar sobre él.

Sus ojos desencajados miraron hacia el vacío.

Hacia el suelo.

Donde Clara Bell estaba espantosamente quieta. Donde Clara Bell estaba MUERTA...

CAPÍTULO VI

El médico tenía las facciones crispadas y las cejas formando un arco que denotaba asombro. Sus manos casi temblaron al dejar caer la sábana sobre el rostro del cadáver, como si le faltasen las fuerzas.

—Es inexplicable... —dijo—. No tiene ningún sentido. Nunca, en mis cuarenta años de experiencia, me había encontrado en un caso igual.

Thompson también tenía las facciones crispadas.

Y el gran jefe Mulder.

Y, sobre todo, Murray, cuyos nudillos crujían cada vez que se abrían y cerraban espasmódicamente.

Fue el gran jefe Mulder el que balbució:

—¿De qué ha muerto?

—Una crisis cardíaca.

—Pero estaba perfectamente bien antes de entrar en Carlton Tower... ¡Perfectamente bien! ¡Usted mismo la examinó!

—Claro que la examiné —dijo el médico con voz torva—. Y aparte de la insignificante heridita que se había hecho no sé dónde, era la muchacha más sana que me había echado a la cara en toda mi vida. Corazón perfecto, pulmones perfectos, cerebro perfecto. Había sufrido pesadillas, pero de las pesadillas no se muere nadie. Y, de pronto, esto... Esto, que no tiene sentido...

Murray bisbiseó:

—¿Miedo?

El médico se volvió hacia él como si no hubiera oído bien.

—¿Qué es lo que, me está preguntando? ¿Si esa muchacha vio algo horrible que la hizo morir de un susto?

—Más o menos es eso lo que quiero saber.

—Absurdo —dijo el médico—. Sus ojos no denotaban miedo. Mas ¿cómo lo diría? Más bien denotaban estar viendo algo que no les parece lógico y que es pequeño. Sus ojos denotan incredulidad.

Murray tragó saliva.

Thompson murmuró por su parte:

—No puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó el gran jefe Mulder.

—Eso de que ella viera algo. No había nada allí. ¡Nada! Yo tenía la llave del sistema de seguridad de la puerta. Las cristaleras que daban a la terraza estaban cerradas. Allí no había entrado ni el soplo de un mosquito.

—Quizá ella vio lo que vio... A través de los cristales de la terraza —dijo el gran jefe Mulder.

—No —gruño Thompson.

—¿Por qué no?

—Recordemos que ella estaba muerta en el cuarto de baño —dijo Murray con voz apagada—. Desde allí no podía ver la terraza.

—Ésa es una razón de peso —dijo Thompson—, pero había otras dos. La primera, que ningún ser vivo o muerto podría trepar un solo piso por aquellas paredes verticales y terriblemente resbaladizas, puesto que son de acero y cristal. La segunda, que yo cuido todos los detalles al máximo. Y había un pequeño sistema de radar en la puerta del apartamento y en las barandas de la terraza. Si alguien hubiera pasado por ellas... ¡La alarma hubiera sonado en la cabecera de mi lecho! Y sin embargo, no sonó nada, lo que indica que nadie pasó. Hice la prueba más tarde y vi que el radar funcionaba perfectamente. Por lo tanto, Clara Bell no vio nada. ¡No pudo ver nada! ¡NADA!

Su voz había vibrado durante un instante más de lo normal. Aquel hombre estaba excitado. Él, siempre tan impasible, iba perdiendo el control de sus nervios poco a poco.

El médico susurró:

—Váyanse de aquí con sus malditas discusiones. Éste es el depósito de cadáveres, no una comisaria de barrio. Déjenme trabajar.

Murray sintió que sus nudillos crujían otra vez.

—¿Que va a poner en el certificado, doctor?

—Defunción por crisis cardíaca, o sea causas naturales. A esta muchacha no le han tocado ni un dedo. Considérenlo como una desgracia y olvídense de ella. Buenos días.

Y se inclinó de nuevo sobre el cuerpo yerto. Murray sintió una

especie de calambre en las piernas mientras se alejaba de allí. Nunca se había sentido tan destrozado, tan confuso, con un dolor tan recóndito metido hasta la sangre.

Las tres se metieron en el coche como fantasmas.

El gran jefe Mulder sacó un encendedor de oro como si fuera a prender lumbre a un cigarrillo, pero no se acordó de utilizarlo. Luego susurró.

—Quedan tres.

Murray tuvo una sacudida en los párpados.

—¿Tres que? —musito.

—Testigos de cargo contra Mildred. Eran cinco los que se hallaban en aquella maldita habitación cuando empujó a Otis hacia la ventana. Había otra gente en la casa, pero esa gente no importa porque no vio nada. Cinco personas, en cambio, lo vieron. De ellas sólo quedan tres.

Thompson dijo tercamente:

—No creo en un crimen.

—Y oficialmente no lo ha habido, Thompson: No piense más en ello. ¿Opina que alguien le va a acusar de un fallo?

—No. Yo sé que no he podido fallar.

—Y yo lo sé también, pero más vale que afrontemos la realidad de otro modo. Hemos perdido a dos testigos por las causas que sean. Ahora es necesario de un modo absoluto... Repito: de modo absoluto... que no se pierda ningún testigo más.

Murray se puso un cigarrillo en los labios. Tampoco se preocupó de encenderlo. Dijo con voz opaca:

—¿Quiénes son?

—Un chico y dos muchachas.

—¿Edad?

—Bueno... Ninguno de ellos llega a los veinte. Puede leer sus filiaciones en el primer informe que se hizo, pero yo le ahorraré trabajo. Todos eran amigos de Mildred y de Otis. Gente de Universidad, chicos de mundología que se dejan engatusar por una experiencia nueva, aunque sea a base de heroína.

—¿Han sido protegidos hasta ahora?

—No.

Mulder se disculpó con un gesto, como si quisiera decir: «No sabía que iban a correr el menor peligro».

—Supongo que pensará protegerlos con todos los medios a partir de ahora —dijo secamente Murray.

—Por supuesto que sí. Los tres, en el mismo sitio. Y encomendaré a Thompson que cuide una vez más de las medidas de seguridad. Tengo plena confianza en él a pesar de lo que pasó anoche con Clara Bell.

Murray asintió.

También él tenía confianza.

Sabía que ningún fallo humano se había producido.

—Vamos —dijo—. Veremos la lista y por el camino pensaremos algo. Ah... Y antes pasemos por cualquier bar. Necesito un trago. O mejor, pasemos por los muelles... ¿No habría por allí ningún petrolero que haya llegado con los tanques cargados de *whisky*?

El bar de la calle tranquila donde vivía Murray.

Unas luces rosadas.

Una chica sentada.

Esperando.

Cara de estar deseando que alguien se sobrepase con ella.

Murray musitó:

—Veo que usted ocupa mi sitio favorito, señorita Custer.

—Precisamente. Me han dicho que las veces que venía solía sentarse aquí.

—¿Es que me esperaba?

—Claro, señor Murray. Tengo pendientes mis preguntas al policía más brillante de Nueva Orleáns. Sin ellas no puede avanzar la encuesta.

—El Policía más brillante de Nueva Orleáns... —dijo el sentándose, mientras hacía una mueca de asco—. Menudo marrano... Los testigos mueren delante de mis narices y yo no me entero. Si quiere saber algo nuevo pregunte, por ejemplo, cuándo me expulsan. A este paso no va a quedar nadie para contarlos.

—¿Es que ha sucedido algo nuevo, Murray?

—Léalo en los periódicos mañana. Supongo que lo publicarán. Y ahora dígame que preguntas puedo contestarle para que se largue de una vez.

—¿Tanto le molesto?

Él trato de sonreír.

—No, no... Perdón. Lo que trato de decir es que estoy tan desanimado que no sirvo ni para que me hagan una encuesta. ¿Qué quiere saber?

—Por ejemplo, algo sobre su vida sexual.

Murray apretó los labios.

—Me temo que no tengo —dijo Murray.

—¿Nunca? —susurró ella—. ¿Nunca la ha tenido?

Murray pensó que valía la pena recordar.

Y recordar eso equivaldría a olvidar a Clara Bell. A olvidar aquel horror. A volver a tener la sensación de que la vida seguía.

Acercó los labios.

Ella no movió los suyos.

Era como un desafío.

Pero en aquel momento la voz del camarero dijo con una entonación perfectamente profesional:

—Señor Murray, le llaman al teléfono. Es urgente.

Él lanzó una maldición en voz baja y fue a la cabina. Siempre que estaba con Nora Custer le chafaban el plan en lo mejor. Oyó al otro lado del hilo la voz irritada del gran jefe Mulder.

—Tienes que venir. ¿Recuerdas a los tres testigos de cargo de que estuvimos hablando con Thompson?

—Claro que los recuerdo. ¿Cómo demonios piensa que iba a olvidarlos?

—Vamos a situarlos en un sitio donde estarán protegidos. Thompson y tú seréis responsables, pero antes hay que trazar un plan. Ven enseguida.

Murray colgó.

La chica seguía haciendo exhibición de piernas.

Murray musitó:

—Ponga en la encuesta que soy un perro vagabundo que acude cuando le silban, Abur.

Y salió.

No tardó en llegar a la importante guarida de Mulder. Thompson y el gran cacique estaban reunidos en una sala pequeña donde el aire acondicionado era tibio y donde olía suavemente a coñac francés. El gran cacique vivía bien. Destapó de nuevo la botella de «Napoleón» y sirvió tres copas. Luego dijo, señalando el plano de la ciudad que estaba sobre la mesa:

—Éste es el antiguo Polvorín Naval.

Murray arqueó una ceja.

—¿Qué está pensando, Mulder?

—Que no me fío ya de ningún edificio. De ninguna habitación. De ningún sitio que tenga puertas, ventanas, escaleras ni chimeneas.

—Pero ¿no habíamos quedado en que lo de Clara Bell había sido sencillamente una crisis cardíaca?

—Es posible, pero no me fío.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Thompson lo ha decidido. Él conoce los sitios más seguros de la ciudad. El antiguo Polvorín Naval ha estado bajo la vigilancia de la Marina durante veinte años por razones de pura rutina, pese a que ya no hay ni una bala en él. He conseguido que el Almirantazgo nos ceda una sección.

—Pero ¿qué dice?

Mulder simuló no haberle oído.

—Hay un sector para viviendas de oficiales que es el más seguro de todos. Los responsables del polvorín podían permanecer allí incluso bajo los efectos de un bombardeo aéreo. Las habitaciones, bien ventiladas y con todos los servicios, son sin embargo subterráneas y herméticas. Para llegar a ellas hay que atravesar dobles puertas de acero. Ni el propio Satanás entraría en un sitio así.

—También dijimos que Satanás no subiría al Carlton Tower.

Hubo un mismo estremecimiento en los tres. Y los tres bajaron la mirada. Las manos se crisparon en el borde de la mesa.

El gran cacique dijo:

—Más coñac.

No se le debía ocurrir nada mejor para salir del paso.

El tío puso cara de mala uva mientras repasaba el plano y balbució:

—Apunte los nombres, Murray. Los tres testigos de cargo a los que hemos de proteger a toda costa son Allan Bayer, Sally Spencer y Katherine Powell. Su edad ya se la indiqué. He obtenido todos los permisos necesarios para ponerlos bajo mi custodia hasta que Mildred sea capturada y se celebre el proceso. Supongo que ya adivinará el sitio donde pienso meterlos.

—¿El Polvorín Naval?

—No creo que haya en los Estados Unidos un sitio más seguro, exceptuando la cama del presidente de los Estados Unidos.

Murray hizo un gesto de asentimiento.

—Por supuesto —dijo—. Es completamente imposible que allí entre nadie. Supongo que las habitaciones estarán blindadas y que las puertas serán sólidas a toda prueba. Si los policías que monten guardia son de confianza, no habrá nada que temer.

—Claro que serán de confianza —gruñó Mulder—. Y además, para llegar a las habitaciones separadas en que estén esos tres testigos, habrán de pasar por el lugar donde esté instalado Thompson. Será él quien controle a todo el mundo y quien cuide de la comida y la bebida. No comprendo qué fallo pudo producirse en Carlton Tower, pero aquí no se producirá, ninguno. ¿Sabes por qué te he llamado, Murray?

—Porque yo también debo vigilar, supongo.

—Por eso y porque hablarás con los tres testigos. Quiero que los conozcas bien. Si alguno de ellos es de carácter inestable, si tú crees que va a plantear dificultades para permanecer encerrado allí, debes decírmelo. Tú serás responsable junto con Thompson de cualquier cosa que ocurra.

—Supongo que ésa es una orden —dijo Murray.

—Una orden absoluta. De las que no se discuten.

—De acuerdo. ¿Cómo iba a discutirla con la cara que usted tiene esta noche? Dígame dónde están esos jóvenes e iré.

—Por el momento, en el Polvorín Naval, sólo se encuentra Sally Spencer. Los otros dos ingresarán mañana por la mañana, porque necesitan un poco de tiempo para arreglar sus asuntos. Puedes ir a hablar con ella.

Murray se puso en pie.

La habitación seguía oliendo a coñas francés, a tabaco caro, a discreto perfume de Atkinsons.

En cambio el Polvorín Naval olía un poco a olvido, a desidia y a humedad acumulada durante años. Los rincones eran oscuros y tortuosos. Los muros de cemento armado tenían un espesor de dos metros. Resultaba absolutamente inconcebible pensar que alguien pudiera introducirse allí para cometer un crimen. Sally Spencer estaba tan segura como si la hubiesen metido en la vitrina de la Torre de Londres donde se guardan las joyas de la Corona.

La habitación en que se encontraba tenía, sin embargo, un aire acogedor. Las luces bien situadas y el aire acondicionado hacían que uno se olvidase de que aquello estaba en un subterráneo. Había un cuarto de baño completo, una gran sala con todo lo necesario para que una persona pasase allí días enteros, un dormitorio y una lámpara de cuarzo para que la huésped pudiera broncearse con rayos infrarrojos sin salir al sol. La huésped leía una revista cuando Murray entró. Se puso en pie.

Murray sintió que se le secaba la boca.

—Usted debe ser Murray —dijo—. Me han avisado por teléfono que vendría.

—Sí, soy Murray, de la Brigada de Homicidios. Mi único propósito es charlar con usted, aunque sin ningún carácter oficial. Lo que usted me diga no será nunca usado en contra suya ni será mencionado en el juicio. Lo único que quiero saber es por qué asistió a aquella fiesta de Mildred, qué es lo que vio en ella, si capto algo que no haya explicado aun... En fin, todo lo quiera decirme, aunque usted piense que no tiene demasiado interés. ¿Un cigarrillo?

Ella aceptó.

—Mildred, era una compañera de Universidad —dijo—. Como tantas otras, hablaba con nosotras de las drogas de vez en cuando. Un día dijo que preparaba una fiesta y que nos daría a probar algo nuevo. Las que aceptamos ya sabíamos que podía tratarse de heroína o de LSD, pero no nos dio miedo. Era curiosidad, ¿sabe? No acierto a explicárselo. Pensábamos también que en caso de no aceptar, Mildred se burlaría de nosotros y nos consideraría unas niñas.

—Los sanatorios psiquiátricos están llenos de muchachas que pensaron como usted —dijo Murray—. Chicas a las que costaba trabajo decir que no. Pero ¿y Otis, el muerto? ¿Tenía amistad con él?

—Sí y no. Otis era ya un poco mayor que nosotras y siempre repetía curso en la Universidad, sin que eso le preocupara demasiado. No sé si tenía familia rica o no, pero conducía unos coches deportivos fantásticos. Algunas veces salimos a dar una vuelta. Nunca se sobrepasó. Nunca lo intentó siquiera.

—¿Buen chico?

Sally se encogió de hombros.

—Un chico un poco misterioso No sé cómo explicarlo. Hubo quien dijo que trabajaba para la CIA investigando en la Universidad. Era uno de los posibles modos de explicar el mucho dinero que gastaba.

Murray también había pensado en aquella posibilidad, y después de la muerte de Otis hizo investigaciones en aquel sentido. Pero la CIA no daba ni un solo dato.

Jamás revelaba los nombres de sus agentes, ni aun cuando ya la habían diñado.

Sally Spencer le siguió contando los detalles de la reunión. Era una chica sensata, apacible, y que recordaba los detalles con una precisión absoluta. Oyéndola hablar era, como si uno viese físicamente la hoguera, los extraños bailoteos de Otis, como si oyese sus invocaciones a las brujas y como si estuviera delante cuando Mildred le empujó ventana abajo. Era el relato que todos sabían y del que no faltaba un detalle en los atestados policiales. Pero en la voz de la muchacha todo adquiría un aire misterioso e irreal, como si verdaderamente las brujas hubieran acudido a aquella fiesta. Como si un espíritu maligno se hubiera movido cerca de la ventana cuando Otis saltó como si en el ambiente flotara algo del más allá, algo que no podían comprender todavía.

Sally Spencer musitó al fin:

—Pero todo eso ya lo sabe la policía. Supongo que le estoy aburriendo.

—No, no De ningún modo. Una de las tácticas que los detectives emplean desde el principio del mundo es hacer repetir las cosas una y otra vez, porque en el último relato siempre surgen detalles que no han salido en el primero. Y a todo esto... ¿Ha ocurrido algo extraño desde que usted supo que Mildred se fugó? ¿La ha telefonado alguien? ¿Ha tenido algún encuentro extraño?

Sally negó con la cabeza.

—No, no ha pasado nada. Sólo que... Bueno, no tiene importancia.

Murray dejó el cigarrillo en el cenicero. Su derecha temblaba levemente. Musitó:

—¿Qué?

—Le he dicho que no vale la pena.

—Cuéntemelo. Todo vale la pena cuando, contando a Otis, tres

personas han muerto.

—Bueno. Yo usaba unos zapatos de tacón bastante alto el día de aquella fiesta. Quería estar un poco provocativa. A veces me gusta llamar la atención.

«Provocativa lo estás sin necesidad de tacones altos, nena», pensó Murray antes de añadir:

—Siga.

—Bueno, pues... Esos zapatos desaparecieron un día. Lo sé porque fui a ponérmelos y no los encontré. Los estuve buscando como una loca y al final desistí. Al día siguiente volvían a estar en su sitio, pero con cambio.

—¿Un cambio? ¿Cuál?

—Habían sido limpiados cuidadosamente. Estaban como al salir de la tienda. Lustrosos, perfectos hasta las suelas estaban impecables. Pensé que alguien de la familia los había enviado a limpiar y me los volví a poner. Hasta ahora no había dado importancia a eso pero ya que usted dice que le cuente todos los detalles.

Murray perdió un instante su mirada en el vacío.

Un viejo escalofrió, el escalofrió que ya había sentido otras veces, llegaba hasta el fondo de sus huesos.

Eran coincidencias estúpidas, pero al mismo tiempo —quizá por su misma estupidez—, tenían algo de siniestro. El vestido de Clara Bell llevado a la tintorería y devuelto escrupulosamente limpio. Los zapatos de Sally Spencer desaparecidos y devueltos otra vez como si acabaran de salir de la tienda...

No tenía sentido.

Pero, sin embargo, había allí algo que daba vueltas en su cabeza como un insecto enloquecido, algo que le hacía tener la sensación de que lo sobrenatural estaba casi al alcance de su mano, al otro lado del aire.

Sally musitó:

—Lo siento. Creo que he dicho una tontería.

—No, no es una tontería ni mucho menos, pero no sé aún qué relación puede tener con el caso. Oiga...

—¿Qué?

—¿Se ha hecho daño en la mano izquierda?

Sally se la miró. Daba la sensación de que ya no se acordaba

siquiera de aquella leve rozadura.

—Alguien me la ha debido hacer en el autobús cuando iba a la Brigada de Homicidios —dijo—, ¿es que tiene alguna importancia?

—¿Quién la llamó desde la Brigada de Homicidios?

—El propio jefe, el señor Mulder. Me explico que por mi propia seguridad, convendría que yo estuviera encerrada algunos días en un sitio que él iba a designar. Yo dije que eso lo discutiríamos en su despacho y colgué. Inmediatamente tomé el autobús y fui a verle. En el trayecto, alguien que llevaba algún objeto cortante me hizo una rozadura, pero no tiene importancia.

Murray sentía que nacían unas gotitas de sudor en sus sienes.

También era absurdo, pero no podía olvidar que Clara Bell, antes de morir, también presentó una pequeñísima rozadura. No podía tratarse de una casualidad. Por eso se levantó y dijo con voz opaca:

—Sígame.

—¿Adónde?

—Un médico la va a volver al revés. No va a ser un examen rutinario, se lo aseguro. Necesito saber si esa herida tiene importancia.

—Pero ¿qué importancia va a tener una rozadura que...?

—Eso lo decidirá el médico. Puede que alguien la haya rozado a propósito con una aguja envenenada. Acompañeme.

En el mismo Polvorín Naval había un médico designado por Mulder por si ocurría algo anormal, de modo que no costó trabajo hacer un examen completo. A Sally Spencer le revisaron hasta las uñas. El médico hizo incluso dos rápidos análisis de sangre. Llegó a la conclusión de que pocas veces había visto una chica tan sana y tan impecable como aquélla. Sally Spencer estaba perfecta.

—Pero ¿qué esperaba usted? —dijo en un aparte a Murray—. ¿Que la hubieran envenenado al hacerle esa rozadura? Ni siquiera puede decirse que se la han hecho a propósito. En un autobús o yendo por la calle todos podemos causarnos pequeñas heridas sin importancia. Y en cuanto a la posibilidad de una aguja o un punzón envenenados, es algo en lo que no se puede ni pensar. No se conoce ningún veneno de efectos tan terriblemente lentos. Por otra parte, el organismo hubiera reaccionado ya ante el tóxico y al menos algún ganglio se hubiera inflamado. No, no piense en eso, Murray. La

chica está perfectamente.

Murray comprendió que el médico tenía razón.

Todo era una maldita casualidad.

Mejor olvidarla.

Pero de todos modos decidió quedarse la noche en otro lado de la puerta donde dormía Sally.

Buscó un par de revistas, puso en la radio una emisora que diera música clásica y se tendió en el diván a dejar pasar las horas. Al menos podía tener la seguridad de que a Sally Spencer no le ocurriría nada. No sólo estaba él ante la puerta, sino que la puerta era de acero. Y no sólo vigilaba él, sino que dos hombres más se hallaban a la entrada del Polvorín Naval. En eso, al menos tenía razón el cerdo de Mulder: ni el propio Satanás podía entrar para matarla.

CAPÍTULO VII

Sally también había buscado una emisora que transmitiera música clásica durante toda la noche. También había hojeado unas revistas para pasar las horas, puesto que no tenía sueño. Con la luz encendida y con una expresión de tedio en el rostro, pensó que, si tenía que pasar muchos días así, aquello iba a ser un asco.

A los diecinueve años a una chica no pueden encerrarla en un polvorín ni aunque sea para proteger su vida. Además, todo aquello de los asesinatos era un cuento. Clara Bell había muerto de una crisis cardíaca y nada más. No tenían que darle vueltas.

Dejo las revistas.

Y entonces pensó en Otis.

Bueno, era una tontería.

Pero Otis había estado invocando a las brujas largo rato antes de morir. Otis, el de los lujosos coches deportivos, tenía sin embargo algo extraño en su vida. Siempre se conservaba joven, siempre estaba alegre, siempre tenía dinero largo. Sólo una persona que hubiera hecho un pacto con el diablo podía aspirar a que las cosas le fueran tan bien.

Sally chasco los dedos.

Y se encogió de hombros.

En fin, qué tontería.

Ponerse a pensar en el diablo cuando lo que una quisiera sería bailar un buen *rock*, ahora que otra vez estaban de moda...

Busco un disco que le interesara.

Y de pronto sus músculos se tensaron un poco.

El pensamiento ya estaba allí.

Era absurdo.

Acababa de recordar que Clara Bell murió en un cuarto de baño.

Pero ¿qué le pasaba? ¿Es que iba a empezar a creer en las cosas diabólicas? ¿Es que iba a empezar a creer en el Más Allá?

Negó con la cabeza. Intentó meterse la idea en la cabeza.

Giró la cabeza.

Y tuvo aquella sensación.

Los millones de ojos.

Era ridículo. No tenía sentido.

Pero allí estaban los millones de ojos.

Mirándola.

Buscándola.

Persiguiéndola.

Sally se sentó en el diván mientras notaba el resbalar de unas gotitas de sudor por sus sienes. Intentó serenarse. Todo aquello no tenía sentido, puesto que en la habitación no había nadie. Y sin embargo...

Los ojos estaban cada vez más cerca.

Ella... ¡lo sabía!

Intentó apartarlos con las manos. De una forma que parecía ridícula, empezó a bracear en el aire. Los ojos se apartaban cada vez que iba a alcanzarlos. La seguían contemplando desde las paredes, desde los tubos de la ventilación, desde sus propios dedos...

Por fin la muchacha sintió aquello.

Se dio cuenta de que la muerte la rodeaba, de que estaba con ella, de que iba a envolverla lentamente...

Lanzó un grito.

Chocó con una pared.

Resbaló sobre ella mientras se abría trágicamente la boca.

La muerte llegó hasta su sangre.

La habitación entera, el aire, la luz se llenaron de millones de ojos.

Murray oyó perfectamente el grito desde la habitación contigua. La revista que estaba en sus manos cayó a tierra. El joven dio un salto mientras miraba como un alucinado la puerta de acero.

Estaba cerrada herméticamente.

Nadie podía haber pasado por allí.

Ni el propio diablo.

Nadie...

Pero el grito de la muchacha se había repetido. Ahora era un extraño gemido agónico que indicaba miedo y dolor a la vez. Murray hizo sonar el timbre que avisaba a los dos guardias

exteriores.

Éstos acudieron también. La puerta fue abierta. El médico que poco antes había examinado a la muchacha llegó al mismo tiempo que los policías. Todos irrumpieron de golpe en la habitación, como si tuvieran un solo cuerpo.

Y vieron la pieza vacía.

La luz cruda.

El aire tranquilo de sitio donde no ha pasado nada.

Vieron las revistas en el suelo.

Una lámpara volcada.

La chica muerta...

CAPÍTULO VIII

Como si fuera una especie de ritual de la Morgue como si sólo con aquel gesto las investigaciones pudieran marchar, el forense alzó con calma la sábana y luego la dejó caer sobre el rostro del cadáver. Los pies de Sally, que asomaban por debajo, llevaban una siniestra etiqueta amarilla con su identificación. Las manos parecían aferrarse al borde de la mesa, como si estuvieran dotadas de vida. El color de la piel había ido cambiando con las horas, hasta hacerse un poco negruzco.

El forense miró los rostros situados un poco más allá.

Todos estaban blancos como la sábana. Hasta los policías pierden a veces el control. Incluso el gran jefe Mulder no podía evitar que sus labios temblasen.

—¿Qué...? —musitó.

—La autopsia lo dirá, pero de todos modos ya tengo una opinión.

—¿Cuál es su opinión, matasanos?

—Yo no mato a ningún sano. Por suerte para mí, mis clientes ya están muertos.

—Bueno, de todos modos diga lo que sea.

—Mi primer dictamen es éste: ha muerto por causas naturales. El trágico final se ha producido por un fallo cardíaco.

Murray contuvo la respiración.

—¿Igual que Clara Bell? —musitó.

—Yo diría que igual.

—Doctor, maldita sea su estampa —dijo el gran cacique Mulder.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene ese escupitajo?

—Usted sabe que dos muertes tan iguales no se pueden dar por simple coincidencia. Aquí hay algo. Haga una autopsia perfecta a esa muchacha y analícele hasta el interior de los dientes. Tiene que haber una razón que explique todo esto. ¡Tiene que haberla!

Se había exaltado. Estaba casi apoyado en la mesa, rozando los pies de la muerta. De repente crispó los puños mientras rugía:

—¡Tiene que haberla!

—Yo me he de basar en hechos, no en conjeturas —dijo el forense—, y lo que puedo asegurar es que a la muchacha no la ha tocado nadie. Se ha producido un fallo cardíaco y ya está. Eso le ocurre a casi toda la gente.

—No a los diecinueve años.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga?

Murray intentó serenarse. Musitó:

—¿Cree que ha podido morir de miedo?

—En fin... Asustada sí que debía estarlo. Sus pupilas eran muy expresivas en ese aspecto. Pero ¿de qué iba a poder asustarse? No había nadie en la habitación. Nadie podía entrar allí. Ni el diablo. Yo me pregunto ¿de qué puede tener miedo una chica que está completamente sola y en una especie de cámara acorazada? ¿De qué?

—De algo que oye —apuntó Mulder.

El médico miró al gran cacique.

—¿Cómo puede oírlo? ¿A través de la radio?

—Por ejemplo.

—Es ridículo. Nadie envía frases amenazadoras por una emisora que oye todo el mundo. Y ni siquiera una frase amenazadora podía asustar a esa chica. ¿Quién podía causarle el menor daño allí dentro?

—No, por la emisora tampoco pudo ser —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —farfulló el gran cacique.

Murray entrecerró los ojos.

—Por pura casualidad, los dos buscamos música clásica. Coincidimos en la misma emisora. Los dos estábamos oyendo exactamente lo mismo, separados por una pared. Lo noté cuando entré en la habitación y oí la radio, pues ella la tenía encendida. Y si yo escuchaba lo mismo que Sally, hubiera captado cualquier amenaza. Por lo tanto, puedo estar seguro de que la amenaza no se produjo.

Thompson, que no se había atrevido a hablar, se despegó al fin de una de las paredes del fondo de la Morgue.

Estaba tan blanco como los muertos que se habían convertido en

huéspedes de aquel ilustre recinto.

—Voy a volverme loco —farfullo—. Presento la dimisión del caso desde este momento. Yo no puedo continuar, Mulder. He llevado a dos mujeres a los dos sitios más seguros que había en todo Louisiana, y las dos han muerto. Creo que la única cosa decente que puedo hacer es reventar yo también. Me largo.

Mulder le detuvo con un gesto.

—No puede hacerlo, Thompson.

—¿Por qué no?

—Quedan dos personas más por proteger.

—Yo ya no protejo a nadie. No puedo más. Si alguien le gusta este asunto, que siga. No hay sitio en todo el mundo donde Satanás no pueda entrar. Ahora me he convencido.

Murray giró la cabeza.

—¿Por qué ha mencionado ese nombre? —balbució.

—Porque ya no sé qué pensar.

—Pues no piense.

Thompson rió secamente, como si se burlara de él.

El fulano estaba perdiendo por completo el dominio de sus nervios.

—Oiga, querubín —dijo—, lo que pasa es que a usted no le gusta que le mencionen lo sobrenatural. Le molesta sentirse impotente ante las cosas, ¿no es eso? Pues empiece a aprender que aquí no solucionará nada. Lo que se enfrenta a usted está por encima de su inteligencia, por encima de sus sentidos. Cuando Otis, antes de morir abrasado, empezó a invocar a las brujas, sabía lo que se hacía. Él era el único que estaba en el meollo del asunto, el único que sabía que aquí intervienen poderes que nosotros no controlamos. De modo que déjenme largarme. Allá ustedes con sus paredes de acero y con sus puertas que no dejan pasar a nadie. ¡No pienso intervenir más en esto ni aunque a mí también me arrojen a la hoguera desde una ventana! ¡Déjenme en paz! ¡Ojalá se ahoguen en una escupidera!

Y se largó. Sus fuerzas eran tan escasas, que hasta arrastraba los pies. Murray se dio cuenta, casi con pena, de que no parecía el mismo.

Contempló a Mulder.

Éste también empezaba a sentirse irremediablemente nervioso.

Barbotó:

—Vámonos. En cierto modo, Thompson tiene razón. Nada vamos a resolver mirando a una chica muerta.

Salieron los dos. El vehículo de Mulder estaba cargado de humedad. La noche era plomiza, El aire que llegaba desde el fondo del río parecía poder cortarse como si albergara jirones de niebla.

Murray apretó salvajemente sus puños mientras balbucía:

—No, no sirve de nada mirar a una chica muerta.

Mirar a una chica viva ya es distinto.

Bueno, hay chicas vivas de todas clases. Unas merecen que se vuelva la cabeza por ellas y otras no. Unas han nacido para el amor y otras para llenar fichas en los archivos municipales de Pompas Fúnebres. Pero hasta las de Pompas Fúnebres tienen su algo si uno se molesta en querer buscarlo.

Con Nora Custer no había que buscar.

Lo tenía todo a la vista.

Mientras se acercaba a la barra del *snack* donde desayunaba todos los días, Murray le miró reflexivamente las piernas. Soberbia niña aquella que nunca se desanimaba hasta terminar bien una encuesta. Fantástica mujercita que siempre aparecía como una señal de vida después de la muerte.

Nora musitó:

—Sabía que vendrías aquí.

—¿Quién te ha dicho que desayunaba en este sitio?

—Nadie, pero los solterones soléis tomar algo por la mañana en el *snack* que tenéis más cerca. Y éste casi toca la casa donde vives. Ah... Sé que estás metido hasta las orejas en un asunto sucio. Y a este paso lo va a saber toda la ciudad.

Y pasó dos periódicos a través de la barra. Ambos hablaban de la coincidencia de que dos testigos relacionados con el caso Otis hubieran muerto de crisis cardíacas cuando estaban estrechamente protegidas por la policía. Los dos mencionaban como de pasada que en la Brigada de Homicidios nadie sabía qué hacer. Que estaban más despistados que un avestruz en Siberia. Y que debía haber alguna razón de peso para que Nueva Orleáns se hubiera vuelto de pronto una ciudad tan peligrosa para los que sufrían del corazón.

En fin, que las informaciones destilaban mala baba.

Nora bisbiseó:

—La verdad es que no lo entiendo.

—Tampoco yo.

—¿Sally... estaba sana?

—Sí.

—Pues entonces no pudo morir de un ataque cardíaco como la otra. Exactamente como la otra. Es absurdo.

Murray dejó de mirarla un momento. Estaba completamente aturdido. En eso no había mejorado. Con voz que no parecía la suya murmuró:

—He leído a veces relatos de crímenes inexplicables. Hace años los autores de novelas policíacas hablaban de asesinatos cometidos en habitaciones cerradas, crímenes cometidos en sitios donde no podía entrar nadie, pero yo no me lo tomaba en serio. Y ahora me doy cuenta de que esas dos muchachas murieron porque en la habitación donde estaban entró alguien. Pero ¿quién? ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Qué clase de fantasma subió en un caso cuarenta pisos de altura y en otro pasó por delante de mis ojos sin que yo lo viese?

La muchacha había terminado un frugal desayuno.

Musitó de repente:

—Vamos.

—¿Adónde? ¿A hacer una encuesta sobre fantasmas?

—No. A hablar de nosotros. Tengo un apartamento cerca de un taller de escultores del barrio francés. Es... es divertido oírles gritar a veces a través del patio. Y por las noches se organizan concursos de *jazz* entre grupos de negros que han alquilado una vieja cuadra. A un hombre que tiene los nervios destrozados, como tú aquello le sentará bien. Lo que tú necesitas es cambiar de ambiente.

Él la miró en línea recta. Sentía una tentación casi irresistible de decir que sí.

—Voy a aceptar —musitó.

—¿Estás libre de servicio?

—Durante veinticuatro horas sí.

—Pues vamos.

Se dirigieron a la puerta. Murray hizo una seña a dueño indicándole que ya pagaría más adelante lo que la chica había tomado. Pero apenas habían puesto los pies en la calle cuando se detuvo ante ellos el coche de Mulder.

Aún parecía ir cargado de humedad.

Y eso que habían pasado muchas horas desde la noche. Pero aún llevaba una costra de suciedad y de olvido.

El gran cacique ni siquiera miró a la chica. Y eso que Nora Custer tenía docenas de cosas que mirar.

Desde los tobillos a la boca.

Los ojos ensimismados del jefe de la bofia sólo se fijaban en la cara de Murray.

—Muchacho —dijo—, ese cerdo de Thompson ha sufrido un ataque de nervios. No ha quedado más remedio que hospitalizarlo. A partir de este momento no dispongo de ningún técnico para proteger a los dos testigos que quedan.

—Pues no los proteja —gruñó Murray.

—¿Qué quieres decir?

—Que es inútil. Haga lo que haga, morirán igual. He empezado a pensar que la muerte les llega a través del aire.

—Murray... Vamos a ver. No perdamos los nervios. No quiero que nosotros dos acabemos también majaretas como Thompson.

—No he perdido los nervios, jefe. Sólo trato de analizar lo que sé. Y no encuentro solución alguna, excepto la de emborracharnos antes que se haga de noche.

El gran cacique le indico que subiera al coche y arranco. Dejaron la chica plantada en el bordillo de la acera, con un palmo de narices. Murray protestó. Eso sí que era fastidiarle a uno el plan cuando se le presentaba mejor. Eso sí que era llegar a los sitios cuando menos falta hacía.

El joven barbotó:

—¡Eh, pare!

Pero el gran cacique no debió ni oírle.

Estaba obsesionado. Conducía como un borracho. Se pasó una luz roja.

—Estamos tú y yo solos, Murray —dijo con voz opaca—. Esta mañana ya has debido leer la prensa.

—Sí. Me la han enseñado.

—Por el momento son respetuosos, pero a partir de ahora haremos reír todo el estado si ocurre algo más. El fiscal del distrito me ha telefoneado ya dos veces. Dice que necesita a los otros dos testigos como sea. Que los ponga vivir en la Casa Blanca si hace

falta. Pero que los necesita.

—También nosotros necesitamos ver con un poco de claridad en esto y no lo conseguimos. Yo no he dormido en toda la maldita noche, aunque no he pensado en la muerte. No dirá en qué he pensado.

—¿En qué?

—En un vestido que alguien envió a la tintorería y en unos zapatos de tacón que alguien hizo limpiar.

—¿Qué tiene que ver eso?

Murray hizo un gesto brusco, como si espantara un insecto volando ante él.

—No, nada. Es una tontería.

—Pues entonces, ¿por qué la dices?

—Perdone. A veces más me valdría no hablar.

Se habían detenido al borde de un parque. Mulder se sentía incluso incapaz de conducir. Mientras descasaba las manos sobre el volante, balbuceó:

—Tengo que proteger a esos dos seres humanos. Son un joven y una muchacha. Ellos no pueden morir.

—¿Protegerlos? ¿Y qué piensa hacer, Mulder?

—No lo sé. Por eso pido consejo a un subordinado, quizá por primera vez en mi vida. La verdad es que no lo sé...

—Ya daremos con una solución. Pero hagamos algo antes, jefe.

—¿Hacer? ¿Qué?

—Vamos a los archivos. Examinemos todas las fotos que se hicieron de la hoguera donde murió Otis. Veamos la habitación donde se desarrollaron los hechos. Oigamos las cintas con las declaraciones una y otra vez. Estoy seguro de que allí hay cosas que se relacionan con lo sucedido últimamente. Allí tiene que haber algo.

Mulder se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. Cuando uno está tan desorientado, lo mismo importa una cosa que otra. Vamos a los archivos.

Todos los casos que aún estaban en trámite ocupaban una sección especial contigua a las oficinas. Murray examinó las fotografías una a una, unas fotografías siniestras donde se mostraban los restos calcinados de un cuerpo humano junto a las cenizas de la hoguera. Luego el rostro espantoso del muerto. O,

mejor dicho, lo que había sido su rostro. Todo aquello ya lo había visto antes, al principio del caso, pero, por suerte para él, casi había llegado a olvidarlo. Distinguió también la habitación donde se desarrollaron los hechos. Una gran ventana abierta. Unos divanes. Unos cojines desordenados donde los tomadores de heroína pensaban que iban a viajar hasta el paraíso en línea recta.

Nada nuevo.

Todo lo que ya sabía.

Mulder gruñó:

—¿Para qué perder el tiempo?

Murray no contestó. Siguió mirando fotos. Una mostraba el suelo de la habitación lleno de papeles y de desperdicios. En otra, aquel suelo ya estaba limpio.

—Los buscadores de rastros ya lo habían cribado todo cuando se tomó esa segunda placa —dijo Mulder—. No habían dejado absolutamente nada por revisar. ¿Quieres ver lo que encontraron en ese suelo que aquí está tan sucio y en esta otra foto aparece tan limpio?

—Cualquier cosa puede ser útil —murmuró Murray—, cualquier cosa, hasta la más insignificante.

—Pues míralo. Todo está dividido por secciones. De un modo u otro, no creo que tenga importancia.

Y acercó unos sobres.

Primero le mostró un par de fotos de Otis antes de su muerte.

En las dos fotos aparecía junto a dos coches distintos, ambos de importación: un «Jaguar» inglés y un «Lamborghini» italiano. Al fulano no le venía de un dólar. Debió haber sido uno de éstos, tipos que hasta los escupitajos al aire los transforman en oro.

—¿De dónde sacaba tanto dinero? —preguntó Murray.

—¿Y qué? Ahora ya está muerto.

—Hasta las cosas de los muertos son importantes —dijo Murray—. ¿De dónde lo sacaba?

—Suponemos que estaba liado con mujeres.

—¿Era un gigoló, un macarra?

—Algo así.

—¿Lo han comprobado?

—Bueno, ¿qué importa?

Murray se encogió de hombros. Era verdad, no importaba. Y

aunque anotó mentalmente que aquel detalle lo averiguaría él, decidió no preguntar más por el momento. Miró los objetos que habían aparecido en el suelo de la habitación cuando los agentes hicieron la gran limpieza.

Eran de lo más heterogéneo. Y en apariencia no llevaban a ninguna pista.

Papeles arrugados sin ninguna inscripción ni escritura.

Colillas de cigarrillos de diversas marcas.

El cordón de un zapato.

Una lentilla.

Murray miró aquel último objeto en el papel donde estaba colocado para que destacase. Susurró:

—¿Quién del grupo usaba lentillas? ¿Otis?

—No, Otis no.

—¿Mildred?

—Tampoco.

—Pues ¿quién?

Mulder examinó unos apuntes, pues sin duda no recordaba aquel detalle de memoria.

—Sally Spencer —dijo al fin—. Sally Spencer usaba lentillas.

—¿La muchacha que acaba de morir?

—Sí, la misma.

—Pues yo no he notado que las usara... En fin, de todos modos no tiene importancia. Está claro que ella la perdió. ¿No hay nada más?

—No. Eso es todo.

—Parece bien poco para seguir adelante, Mulder.

—Ya te lo he dicho. Pero no tiene importancia, porque ésas son cosas de las que ya están archivadas y no sirven. Si estamos hablando ahora es para tratar de la protección de los otros dos testigos, de ese joven llamado Allan Bayer y de esa muchacha llamada Katherine Powell.

—No me diga que ha tenido otra idea, Mulder.

—En realidad no es «otra» idea. Es la primera que tengo. Las otras combinaciones han sido cosa de Thompson, pero ahora he decidido intervenir yo. Y si «alguien» pudo llegar misteriosamente a la cúspide de un rascacielos de más de cuarenta pisos y luego atravesar una puerta de acero, no conseguirá en cambio llegar hasta

el sitio donde yo protegeré a esas dos personas. No conseguirá alcanzar el Albatros. Será tan imposible que para lograrlo necesitaría transformarse en el mismísimo demonio.

—¿Qué es el Albatros?

—Es un viejo velero que estaba en el puerto de Nueva Orleans, sirviendo de museo náutico para los niños, y que yo he hecho remolcar hasta cinco millas de la costa. Situado en alta mar y con varias lanchas patrulleras de la policía rodeándolo continuamente, será imposible que alguien llegue hasta él sin mi permiso. Absolutamente im-po-si-ble. Pienso trasladar allí a los dos testigos, empleando una lancha rápida, y dejarlos en el interior del barco hasta que todo se resuelva. No comprendo cómo han podido morir aquellas muchachas, pero había una sola cosa cierta: estaban en tierra firme. Estando los otros dos en alta mar, nadie conseguirá acercarse a ellos. Nadie...

Murray comprendió que su jefe tenía razón.

Esta vez, al menos, el plan era inatacable.

¿Quién puede intentar acercarse a un buque situado en alta mar y al que rodean las lanchas de la policía?

¿Un helicóptero? ¿Un submarino?

—Las lanchas van provistas de radar y sonar —replicó Mulder—. Cualquier objeto extraño será inmediatamente detectado. Es tan absurdo pensar que puede atacar a esos dos testigos, que hay momentos que casi siento deseos de reír. Por fin he dado con la fórmula definitiva.

Murray cabeceó afirmativamente.

Sí, él también estaba convencido.

—¿Cuándo va a llevarlos? —preguntó.

—Dentro de media hora. La verdad es que he estado dando vueltas al asunto y no me parecía factible del todo por las complicaciones del traslado. Por eso he dicho que no sabía qué hacer. Pero cuanto más pienso en el plan, más perfecto me parece. Y voy a seguirlo, Murray. Esta vez no puedo fracasar.

Otra vez Murray cabeceó.

Sí, estaba convencido de que era un buen sistema.

El Albatros podía ser un refugio ideal para los dos testigos. Nadie les haría daño allí. Resultaría imposible llegar hasta ellos. Ni las cámaras acorazadas de Fort Knox eran un refugio tan perfecto.

—De acuerdo —dijo—. Yo quiero vivir también en el Albatros hasta estar seguro de que no les ocurre nada. Ah... No hay que decir que doy por supuesto que ha sido registrado hasta el último rincón de la bodega.

—Lo haré registrar de nuevo —prometió Mulder pensativamente—. Los mejores sabuesos de la policía estarán allí antes de que nuestros protegidos lleguen.

—Supongo también —dijo impulsivamente Murray—, que no habrá ningún retrato del demonio. Quiero decir, ninguna imagen y ningún naipe que lo represente.

Mulder le miró. Sus facciones se habían vuelto de pronto de un extraño color ceniza.

—¿Po... por qué dice eso? —musitó—. ¿Por qué ha mencionado al demonio?

—No lo sé... La verdad es que no lo sé.

Mulder no quiso seguir pensando en aquello. O al menos no quiso seguir mencionándolo.

—El demonio no existe —dijo—, y menos en los buques que están en alta mar. Adelante, vamos. Arreando. Hay que estar allí antes de que el Albatros se hunda.

CAPÍTULO IX

Allan Bayer era un muchacho delgado, de expresión asustadiza, que parecía no comprender por qué demonios le estaban metiendo en un lío semejante. Él había participado en una reunión donde se consumía heroína y había presenciado un crimen, pero estaba convencido de haber sido castigado ya bastante. Después de la expulsión de la Universidad, después de la pérdida del empleo que tenía por las tardes, sólo le faltaba esto ahora: ser encerrado en alta mar como un delincuente de la peor especie. Como los reclusos franceses de otro tiempo, cuando iban a Cayena.

Por su parte, Katherine Powell era una muchacha dulce y tímida que enseguida se ganó las simpatías de Murray. Mientras avanzaban por entre las olas un poco picadas del golfo de México, en dirección al viejo velero, parecía preguntarse qué clase de pesadilla era aquélla, qué clase de mundo era aquél donde la muerte podía llegar a través del aire, como un soplo del Más Allá.

A mediodía estaban instalados ya en el Albatros. Éste era un velero de tres palos, construido en el siglo XIX, y que había sido uno de los buques auxiliares de la Escuela Naval. Ahora tenía unos camarotes limpios y cómodos, unos viejos cañones que sólo servían para las salvas de ordenanza, una bandera desteñida y un capitán cuyas únicas habilidades marineras consistían en escupir tabaco picado sobre cubierta. Pero era el lugar más seguro que se podía soñar. Resultaba imposible llegar a él por tierra o por mar, ya que por los cuatro puntos cardinales rodeaban al Albatros las lanchas de la policía.

Los dos testigos fueron instalados en camarotes diferentes, uno en proa y otro en popa. La escasa tripulación fue sustituida por policías especializados de la Brigada del Puerto. Todos ellos llevaban armas automáticas, bombas de gas, radios de onda corta y cuchillos para la lucha cuerpo a cuerpo. Ni un comando suicida

japonés sería capaz de poner los pies en el Albatros para intentar apoderarse de él. Los dos testigos estaban en el lugar más seguro del mundo.

Mulder y Murray ocuparon una pieza en el centro geométrico del buque, desde la cual estaban conectados por radio con cualquier rincón del Albatros. Unos micrófonos ocultos les hacían captar cualquier sonido provocado en los dos camarotes donde estaban Katherine o Allan. Ninguno de éstos podía suspirar sin que los policías se enteraran inmediatamente.

Durante todo lo que quedaba de tarde no ocurrió nada: Fue al anochecer cuando el gran cacique decidió.

—Voy a hablar con Allan. Tu Murray, habla con Katherine. La consigna es que estén bien tranquilos, que sepan que nada les va a ocurrir. Y si esa muchacha recuerda algo, por insignificante que sea, que te lo cuente.

—¿Para qué cree que estoy aquí? ¿Para tomar el sol en cubierta?

Lanzó al agua los restos del cigarrillo que había estado fumando y se largó.

Katherine seguía teniendo el mismo aspecto tímido que cuando subió al barco.

Murray le ofreció un pequeño vaso de ron.

—Te sentara bien —dijo—. Ahora empieza a anochecer y hace algo de frío. ¿A qué hora te acostabas en tu casa?

—No tenía horas... Era un poco loca en eso. Pero siempre me ha gustado la noche. Durante la noche tengo la sensación de que todo me va a salir bien.

—Soy de la misma opinión —dijo Murray, intentando animarla con una sonrisa—. No hay nada más fétido que un amanecer cuando uno tiene los ojos cargados de sueño.

Ella bebió el ron al fin. También intentaba sonreír y mostrarse animada. Sabía que ningún daño podía llegarle mientras estuviera en aquel buque que la policía había convertido en una fortaleza.

Murray le ofreció una pila de revistas para que pasase las horas muertas en el buque. Mientras lo hacía murmuró:

—Supongo que a ti nadie te ha robado ningún vestido y ningunos zapatos.

—¿Que?...

—Digo que imagino que no has echado en falta nada de ropa

últimamente.

—Pues... —ella vaciló un momento—. Pues no sé qué decir exactamente. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo quisiera saber si todo lo que llevabas puesto la noche de aquel crimen ha permanecido en su sitio.

Ella vaciló.

Parecía ordenar sus recuerdos.

O quizá no se atrevía a decir lo que estaba pensando.

Balbució al fin:

—No, prendas de vestir no. Nada de vestidos ni de zapatos.

—Pues ¿qué desapareció?

—Un peine.

—¿Un peine? ¡Qué cosa tan absurda...!

—Se lo di a Otis poco antes de que muriera. Él acababa de entrar en la habitación, y a pesar de la poca luz me di cuenta de que estaba completamente empapurrado de drogas. Puede decirse que no se tenía en pie. Me estaba peinando maquinalmente y él me lo pidió. Bueno, no puede decirse que en realidad me lo pidiera. Me hizo una sola seña, tendiéndome la mano, Yo se lo presté, él se lo pasó por el pelo y me lo devolvió. Eso no tiene nada de extraño. Muchos *hippies* de los que llevan el pelo largo usan peines continuamente. Otis no era un *hippy*, claro, pero había momentos en que le gustaba parecerlo.

Murray hizo un gesto ambiguo. No entendía aquello, pero era como si una lucecita se hubiera encendido en su interior. Con voz que quería fingir indiferencia, preguntó:

—¿Y luego ese peine ha desaparecido?

—Sí. En fin, de todos modos he de decir que no desapareció completamente. Al cabo de un poco de tiempo volví a dar con él.

—¿Intacto?

—Mejor que nunca. La persona que lo tuvo fuese quien fuese, era enormemente cuidadosa. Lo había limpiado con un enorme interés. Lo había cepillado. Lo había impregnado de agua de colonia. El peine estaba tan nuevo como cuando lo saqué de la tienda.

Murray vaciló.

Otra vez le parecía no saber exactamente dónde estaba.

Otra vez algunos objetos daban extrañas vueltas en torno suyo.

Porque, en efecto, aquello no tenía sentido.

Un vestido llevado a la tintorería y devuelto impecable.

Unos zapatos tan perfectamente limpiados que hasta las suelas estaban lustrosas.

Y lo que faltaba: un peine tan impecable pese a haber sido usado, que parecía recién salido de la tienda.

No había la menor relación entre una cosa y otra.

Y sin embargo... ¿Qué clase de mano cuidadosa se ocupaba de aquellos detalles? ¿Qué cerebro diabólico traía hasta allí la muerte... pero al mismo tiempo, se preocupaba de que todo estuviera impecable...?

Katherine balbució:

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué?

—Se ha puesto usted muy pálido. Como si de repente hubiera visto un fantasma.

Murray llevaba viendo fantasmas durante muchas horas; habían llegado a estar en su propio cerebro. Los fantasmas ya formaban parte de su mundo y le iban enloqueciendo poco a poco. Pero no le gustaba que nadie lo notase.

Necesitó servirse un poco más de ron.

Y gruñó:

—También supongo que... nadie te habrá herido.

—¿Por qué dice eso?

—Me refiero a si tienes algún rasguño, alguna heridita... En fin, alguna cosa sin importancia.

Katherine palideció.

—Ahora que lo dice... —musitó—. En fin, ya sé que no tiene ninguna importancia. Pero al ir a cerrar la puerta de mi casa, esta mañana, me he hecho una fuerte rozadura con algo. Era como si hubiese una espina o un saliente muy agudo en el picaporte. Hasta he sangrado un poco.

Las manos de Murray se crisparon casi espasmódicamente sobre el borde de la mesa.

Aquello no tenía sentido. Ningún sentido.

Sus ojos parecieron extraviarse un momento mientras lo pensaba.

Siempre ocurría lo mismo.

Primero, un cuidado exquisito en limpiar alguna de las prendas de las que habían estado en la habitación en el momento del crimen.

Luego una pequeña herida.

Una rozadura insignificante.

Pero eso significaba la muerte. Detrás de eso estaba la muerte.

¡Estaba la muerte!

Katherine volvió a musitar:

—¿Qué le pasa?

—Nada, sólo que... En fin, enséñame la mano.

Ella se la mostró. Había una rozadura bastante profunda, causada por algún objeto cortante. Pero ni el más loco hubiera pensado que aquello tenía alguna importancia; que aquello podía causar la muerte. Hasta los niños de las escuelas sufren lesiones más importantes que ésta y ni se enteran.

—¿Por qué me mira de ese modo? —susurró Katherine.

—Por nada... Pero no te muevas de aquí bajo ningún pretexto. Ni des la mano a nadie del mundo. ¿Entiendes? A nadie del mundo...

Ella negó.

—De acuerdo, no lo haré. Pero ¿qué pasa?

Murray no contestó.

La dejó sola.

No valía la pena seguir hablando.

La cabeza le daba vueltas cuando salió a cubierta, oteó la noche. A lo lejos se distinguían unas maravillosas luminarias que eran las calles de Nueva Orleans, el puerto y la desembocadura del Mississippi. Pero en las aguas negras también se distinguía algo más: sobre ellas flotaba un animal muerto.

—¿Qué es eso? —preguntó a Mulder, que también había salido como si no pudiera aguantar ni un momento más en el camarote.

—No sé... Parece un perro pequeño. O tal vez un gato.

Dio una seca orden:

—¡Ilumínalo!

Los policías que estaban en cubierta enviaron una serie de chorros de luz sobre aquel pobre objeto que flotaba en las aguas. Y lo distinguieron con perfecta claridad. Mulder dijo mientras ahogaba una imprecación.

—Es el cadáver de un gato.

—¿Y cómo ha podido llegar hasta aquí?

—No lo sé.

Y añadió enseguida, como si quisiera convencerse a sí mismo:

—De todos modos no creo que tenga la menor importancia.

—Los antiguos brujos, cuando invocaban al diablo, hacían a veces sus predicciones examinando las vísceras de los animales muertos —dijo sombríamente Murray.

—¡Maldita sea! ¿A qué viene hablar de eso?

—La verdad es que tampoco lo sé —dijo el joven pensativamente—. Se me ha ocurrido de pronto.

—¡Pues ya se te podía haber ocurrido pensar que esa tal Katherine Powell tiene unas piernas que están muy buenas!

—La verdad es que también se me ha ocurrido.

—Ah, menos mal.

—Y creo que ya sé por qué ese animal está aquí —dijo suavemente Murray—. Hemos anclado delante justo de la desembocadura del Mississippi. La fuerza de la corriente es tan grande que arrastra hasta alta mar los objetos y cuerpos que el río lleva. Sólo Dios sabe donde llegó a ahogarse ese pobre gato.

—Es verdad, porque parece bastante podrido.

Y de pronto Mulder gritó:

—¡Fuera focos!

Las luces se extinguieron. Las aguas volvieron a quedar convertidas en una inmensa mancha negra.

El gran cacique musitó.

—Creo que voy a dormir un poco. Esta noche ya no pasa.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Murray.

—Pero ¿qué diablos tienes? ¿Quién crees que va a venir? ¿San Jorge con una lanza para matar a esos dos testigos?

—No, no creo que venga nadie, pues hasta ahora lo único que ha llegado hasta el barco es el cuerpo medio descompuesto de un gato. Pero tampoco me fío. No dormiré hasta que llegue por lo menos el nuevo día. Me fascina y al mismo tiempo me aterroriza la noche...

Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad de cubierta. Las aguas negras, herméticas, seguían rodeando el Albatros.

Mientras aquellas sombras se lo tragaban, Murray repitió:

—Sí... Me fascina la noche...

CAPÍTULO X

Katherine también vio a través del escotillón el extraño y fétido cuerpo que flotaba en las aguas. Sin duda el río lo había traído hasta allí, como tantos y tantos desperdicios que eran alimento de los peces y que daban al estuario del Mississippi aquella excepcional fauna marina. Cuando los focos lo iluminaron, se dio cuenta perfectamente de lo que era y no pudo disimular un cierto gesto de piedad y al mismo tiempo de repulsión. Ella amaba los animales y en su propia casa tenía un par de gatos. No lograba quitarse de la cabeza que aquel que flotaba en las aguas podía ser uno de ellos.

Pero al fin hizo un brusco movimiento.

Tenía que olvidar aquella tontería.

Y al mismo tiempo necesitaba dormir.

Era cierto que no tenía sueño, pero no le convenía estar desvelada durante toda la noche. Por lo tanto se desnudó y fue a meterse en la cómoda litera que le habían asignado. Todo era muy limpio y agradable allí, como si estuviera en un trasatlántico de lujo. Lástima que, en lugar de estar anclados en el estuario del Mississippi, no salieran a hacer un crucero por las islas del Caribe, que al fin y al cabo estaban tan cerca.

Sentada en la cama, encendió un cigarrillo con movimientos maquinales y aspiró el humo con deleite.

No podía negar que se sentía bien a pesar de todo.

Le gustaba aquel aire marino, la sensación de vaivén, el olor salobre y espeso que penetraba por los dos escotillones del camarote.

Sí... Quizá había sido una suerte venir allí y romper la cadena de temores de unos días atrás, cuando tenía la sensación de que continuamente la espían. Aquí, en cambio nadie la espía, nadie la vería, nadie la...

De pronto se detuvo.

Fijó los ojos en un punto muy concreto del camarote, un punto en el que no pasaba nada, pero en el que podía ocurrir todo.

La muchacha respiró ansiosamente.

Pensó: «Calma, sobre todo calma...»

Era ridículo que se asustase por aquello.

Se reirían de ella si lo decía.

Pero, sin embargo, los ojos estaban allí. Su fijeza resultaba obsesionante, Los ojos la miraban, la envolvían.

La retrataban... ¡un millón de veces!

Katherine se puso en pie.

No sabía lo que le pasaba.

Pero sentía miedo, un miedo visceral, un miedo que le llegaba a la médula de los huesos, a la masa de la sangre.

De pronto lo notó.

Los ojos avanzaban.

ESTABAN ALLÍ.

¡LA RODEABAN POR COMPLETO!

La muchacha tuvo un brusco acceso de terror. Se pegó a la pared. Y entonces EL HORROR TAMBIÉN AVANZÓ. Llegó a envolverla. Katherine Powell se llevó ambas manos a la garganta mientras lanzaba un aullido desgarrador.

El aullido lo captaron en todo el buque.

Los micrófonos lo repitieron mil veces.

Los policías que estaban en cubierta tomaron sus armas.

Mulder empuñó rabiosamente su calibre 38.

Murray saltó como si lo hubiera movido un resorte.

Los dos fueron como rayos hacia la puerta.

El alarido se repitió:

—¡A esa muchacha le ocurre algo terrible! —gritó Murray—. ¡Le sucede algo peor que a las otras! ¡No quiero pensar en que cuando lleguemos pueda... pueda estar muerta!

Aqué! sólo pensamiento le enloquecía.

Era un pensamiento imposible.

Pero estaba grabado en su cerebro con punzones de fuego. Sus manos crispadas avanzaron casi a tientas por el mal iluminado pasillo. Las puertas de madera se extendían en torno suyo como entradas de viejas tumbas.

Penetró en el camarote de Katherine.

Y la vio.

Distinguió sus ojos desencajados.

Sus manos que parecían haber quedado crispadas en el aire.

Sus labios formando una horrible mueca.

Y, arqueada en el suelo, como si hubiera sufrido un último espasmo, su figura quieta.

Su figura muerta...

CAPÍTULO XI

Mientras los mejores especialistas de Louisiana registraban también el Albatros palmo a palmo, mientras no quedaba un centímetro cuadrado de madera por revisar, las lanchas rápidas de la policía del río llevaban a Nueva Orleáns el cadáver. Con el viajaban Mulder, convertido en su propia momia, y Murray, que tenía la mirada perdida en el vacío. Pero así como Mulder ya no pensaba en nada porque había renunciado hasta a eso. Murray sometía sus ideas a un terrible y lacerante análisis. Su cerebro era un volcán.

Lo peor era que no encontraba explicación. Ni la más mínima.

Otra vez se enfrentaba a lo increíble.

A lo absurdo.

Diríase que, dentro de unas lógicas y elementales limitaciones, se enfrentaba al infinito.

Mulder balbució al fin:

—Voy a presentar mi dimisión esta misma noche.

—¿Por qué?

—No soy más que un sucio inútil que no tiene dónde dejar caer su carroña. No soy más que basura. Han matado a los testigos delante de mis propias narices. Los han evaporado en el aire. Y yo no llego a saber por qué, no llego a darme cuenta de lo que sucede ni a comprender absolutamente nada. Voy a dimitir antes de que me echen al río con uno de esos cadáveres atado a las piernas. Al fin y al cabo sería la cosa más razonable que me podría suceder.

Murray negó con la cabeza.

—No sé si le servirá de consuelo, pero le juro que tampoco yo entiendo nada, Mulder. Y que cuando lleguemos a la ciudad me pondré en manos de un psiquiatra. Ya no soy más que un pobre loco.

—Como me digan que esa chica ha muerto de un ataque al

corazón, yo creo que... que...

Mulder no pudo terminar la frase. Estaba tan trastornado que no podía ni hablar. Cuando penetró otra vez en la Morgue no era más que su propio fantasma.

El forense examinó someramente a Katherine Powell.

Y musitó:

—Puede que me equivoque, puesto que la autopsia ha de decir su última palabra. Pero yo aseguraría que la cosa esta clara.

Mulder preguntó con un hilo de voz:

—Clara en... ¿en qué sentido?

—Esa chica ha muerto de un ataque al corazón.

Mulder estuvo a punto de no poder resistirlo. Hizo un gesto patético. Se llevó las manos al pecho mientras vacilaba.

El forense señaló una de las mesas de mármol y gruñó, mirando al jefe de la Brigada de Homicidios:

—Cuando muera, que se tienda directamente allí. A estas horas no tengo ningún camillero que pueda hacer el traslado, qué cuerno...

Murray escupió el cigarrillo.

Imposible tener nada en la boca.

El propio aire de sus pulmones le molestaba. Estaba ahogándose. Salió de la Morgue y se tambaleó.

Las primeras luces del nuevo día se insinuaban en el horizonte.

Un cochino amanecer.

Era la hora que menos gustaba a Murray.

El sórdido amanecer del lunes, el de las jornadas de trabajo que ya le esperan a uno para no terminar nunca.

El cochino amanecer del que tiene que ganarse el pan.

Mulder también estaba allí.

El gran cacique necesitaba apoyarse en las paredes.

Se caía.

El sargento Sullivan, de los servicios de información les esperaba con un patrullero. Mientras abría la portezuela posterior y enseñaba una petaca de coñac por si se animaban, murmuró:

—Toda la policía está buscando a Mildred de una punta a otra de Louisiana. Pero por ahora no hay ni rastro.

Murray dijo como un eco, con una voz que no parecía la misma:

—Mildred...

Ella era la asesina, ella era la que necesitaba eliminar a los testigos para que no pudieran hablar de su primer crimen. Ella hacía verdad esa regla de que el primer asesinato trae otros más, y que al criminal le es imposible romper la cadena. Primero Otis, pero luego Laura, Clara, Sally, Katherine...

Una carrera alucinante de sangre.

¿Sangre?

Murray cerró los ojos.

Sus propios pensamientos le desbordaban.

Porque lo más extraordinario era que Mildred no había derramado una gota de sangre de sus víctimas.

Todas habían muerto como quien dice en la cama. Sin que nadie las rozase siquiera. Pero ¿cómo era esto posible?

Murray negó maquinalmente con la cabeza.

No. Mildred no.

Ella no podía ser Satanás...

Pero entonces, ¿quién? ¿O qué?

Mulder barbotó:

—Llame a todos los hombres que están libres de servicio. Hay que encontrarla. Ella es nuestra última esperanza, si es que aún queda algo que esperar. Si no damos con Mildred pronto, jamás resolveremos esto.

—Con Mildred tampoco —dijo secamente Murray.

Y se separó de ellos.

No quería ir en el coche a ninguna parte. Necesitaba andar. Necesitaba respirar el aire fresco. Pensar que aún había en el mundo algunas cosas normales y que no olían al azufre del infierno.

Se detuvo en un bar que acababa de abrir.

Allí tenían licencia para despachar bebidas alcohólicas.

Un *whisky*.

Dos *whiskys*.

Tres.

El tabernero le dijo secamente:

—Lárguese. Ya ha bebido bastante. No quiero borrachos en mi establecimiento a estas horas. ¡Fuera!

Murray salió tambaleándose.

Pero no era por el licor.

La chica le abrió la portezuela del coche.

—Entra —dijo.

Le mostraba las piernas con la generosidad de siempre.

Y el escote que no tapaba nada.

Y los labios que querían sonreír.

Y los ojos que esta vez estaban algo cansados, como si no hubiese dormido en toda la condenada noche.

Por primera vez Murray sentía deseos de abandonarse en los brazos de una mujer. De no pensar en nada. De hundirse. De no desearla siquiera. De ser algo que flotaba en los pensamientos y en la voluntad de otro.

La muchacha susurró:

—Esperaba en el embarcadero. He estado allí toda la noche, puesto que te sigo a todas partes y no es tan difícil dar con tus huellas. He visto que traíais del barco el cadáver de una mujer.

Murray no contestó.

—¿Dónde vivía ella? —musitó Nora Custer.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero se me ocurre que quizá haya la posibilidad de registrar algo allí. De encontrar una pista.

—Necesitaría autorización judicial —dijo sombríamente.

—Sáltatela esta vez.

—No puedo. A Mulder y a mi serían capaces de procesarnos. En este momento estamos hundidos. Nuestras pieles no valen ni una moneda de a medio dólar escupida por un perro. Yo creo que...

Y de pronto sus ojos se iluminaron.

—Por todas las barbas de todos los diablos del infierno —barbotó.

La chica le miraba fijamente, sin comprender.

—¿Qué pasa?

—¡El picaporte de abrir y cerrar la puerta! ¡Eso está fuera! ¡Para eso no necesito autorización judicial!

Y señalando el volante que ella empuñaba con sus manos gritó.

—¡Vamos!

Su idea podía no servir de nada, pero era la única que tenía. La única que en aquellas circunstancias podía tener. Indicó a Nora Custer que fuese al número 211 de Broadmoran Avenue.

Sus nervios vibraban como cuerdas a punto de romperse.

Pero estuvieron a punto de romperse algo más: la crisma. Porque

Nora no había dormido y eso se notaba: dos veces estuvo a punto de meterse bajo los camiones que a aquella hora aún hacían la recogida de la basura.

CAPÍTULO XII

La casa era de sólo tres plantas. Tenía un respetable aspecto de vivienda de la clase media y ostentaba en la puerta una placa que decía:

«Residencia familiar de la Señora Porter. Sólo señoritas».

Allí había vivido Katherine. Allí había tal vez algo en lo que Murray ya no se atrevía a creer.

Se apeó del coche.

Y fue hacia el picaporte. Nora Custer le seguía sin saber muy bien que era lo que pretendía aquel hombre.

Verdaderamente había llegado a darse cuenta de que Murray estaba un poco majareta. Ya no podía negarlo nadie.

El detective empuño el picaporte: nada. Era suave como un guante. Lo repasó con sus dedos. Nada. Allí no había el menor saliente, la menor púa. Absolutamente ningún relieve que pudiese herir a una persona.

Y sin embargo... Katherine no podía haberle mentido.

¡Ella le había dicho que la herida de la mano se la había causado allí, al rozarse con algo del picaporte!

¡Pero ahora ese algo no existía!

Nora Custer se acercó mientras susurraba:

—Me parece que al final no podré terminar mi encuesta y me despedirán de ese trabajo. ¿Qué pasa ahora?

—Katherine me dijo que se había herido aquí.

—¿Y eso no es posible?

—Claro que no. El picaporte es de lo más suave que he rozado en mi vida.

—Pero ella, ¿qué interés podía tener en mentirte?

—Estoy seguro de que no me mintió.

—Pues entonces es cosa de brujas.

Murray negó con la cabeza. Sus ojos reflejaban una especie de estupor y de angustia. Con un gruñido pidió:

—No menciones a las brujas, maldita sea. Parece que Otis tenía la costumbre de invocarlas. Y que las seguía invocando cuando encendió la hoguera.

—¿Es que has llegado a creer que... que...?

—Ya no creo nada —susurró Murray—. Ni natural ni sobrenatural. Pero voy a hacer una comprobación. Hay algo que, aunque no tenga sentido, se me acaba de meter entre ceja y ceja.

—¿A qué te refieres?

—Voy a la Morgue otra vez.

—Y yo pienso acompañarte Murray.

—¿Qué pasa? ¿Vas a hacer una encuesta a los muertos?

—Tal vez sí.

—¿Qué les preguntarás?

—Qué clase de ataúd prefieren.

—Eres una zorra, Nora Custer.

—No tomes en serio lo que acabo de decir. Pero si vas a ir a la Morgue, te acompañaré. Cuatro ojos ven más que dos. Ya sé que es una frase manida, pero al mismo tiempo es una gran verdad.

—Precisamente si voy a la Morgue es por algo relacionado con cuatro ojos.

—Pero ¿qué dices?

—Ya lo verás.

Realmente no tenía más remedio que hacerse acompañar por la muchacha puesto que era ella la que llevaba el coche. Avanzaron por las calles que iban animándose, cruzándose con repartidores de leche, vendedores de hortalizas, repartidores de prensa y pobres fulanos que iban a su trabajo con las primeras luces del alba. Cuando llegaron a la Morgue, ésta tenía un aspecto más lívido y espectral que nunca, con sus bombillas encendidas sólo en parte, sus paredes sucias y sus funcionarios muertos de sueño. El que sacó de la «nevera» el cadáver de Sally Spencer, que no había recibido sepultura aún era un tipo que necesitaba apoyarse en las mesas para no caer redondo a tierra. Cuando hubo depositado a la pobre muchacha en una de las plataformas de observación, masculló:

—Pero ¿qué busca, Murray?

—Algo que está en sus ojos.

—Oiga. Los ojos son lo primero que se descompone. Pese a haber estado el cuerpo a baja temperatura se habrán estropeado un poco. No encontrará nada de nada.

—Lo que esa chica lleva sí que lo encontraré.

—¿Qué es lo que lleva?

—Una lentilla. Perdió la otra en la habitación donde fue asesinado Otis.

—Ah, entonces la debe conservar. Que yo recuerde no se le ha retirado ninguna, porque no hacía falta analizar los ojos.

Y él mismo alzó los párpados.

Lo hizo con una tranquilidad perfectamente profesional. Seguro que después de eso no le hubiera importado desayunar un buen plato de riñones al jerez. Sacó con unas pinzas una lentilla del ojo izquierdo y luego susurró:

—Oiga, Murray...

—¿Qué?

—Tiene otra en el derecho.

Murray sintió que otra vez las cosas daban vueltas en torno suyo.

Barbotó:

—¿Está seguro de que de que no bromea?

—¿Cómo voy a bromear? Aquí las tiene. Las dos, una junto a la otra.

Murray balbució:

—Pues entonces, si Sally Spencer llevaba las lentillas puestas, ¿de quién es la que se perdió en la habitación del crimen? ¿De quién?

Y ya no tuvo fuerzas para seguir hablando. Ni siquiera para seguir pensando más.

Otra vez le parecía sentir el aliento del diablo en su espalda.

CAPÍTULO XIII

La muchacha bisbiseó:

—¿Cuántos *whiskys* te has bebido antes?

—Tres.

—No me gustan los números impares. Zámpate seis.

Estaban ante un establecimiento de bebidas de Jamaica Street. Ya había amanecido del todo y el tráfico empezaba a ser intenso, pero la gente tenía la misma cara de fastidio, de asco y de sueño que una hora antes.

Todo el mundo parecía ciscarse en la madre de su jefe. Aunque la Morgue ya quedaba lejos, los dos sentían en los huesos el frío sobrecogedor que invadía sus salas.

Murray negó con un movimiento de cabeza.

—No. Ni eso me pasaría por la garganta.

—Pero tú vives cerca de aquí, ¿no?

—En la próxima calle.

—Entonces subiré y te prepararé café.

Nora hablaba con perfecta naturalidad, lo presentaba todo de un modo tan sencillo que resultaba casi imposible decirle que se metiera en sus cosas. Había momentos en que Murray tenía la sensación de que la conocía desde siempre. Se movió como una sombra y se encontró en su apartamento, el mismo donde ella ya había estado. Sin una palabra, la muchacha se puso a preparar un café que enseguida esparció su apetitoso olor por toda la estancia.

Pero Murray tenía la mirada perdida.

Pensaba en las lentillas de la muerta.

Y una sola pregunta zumbaba en su cerebro, repitiéndose una y mil veces. Una sola pregunta que siempre tenía el mismo, eco: «¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?».

Si Sally no había perdido ninguna lentilla, ¿de quién era entonces la que la policía encontró?

Nora Custer vino con dos tazas humeantes.

—En el tuyo he echado un poco de licor, Murray.

—Has hecho bien. Me parece que voy a necesitarlo.

Bebió un sorbo. Era reconfortante aquello, sobre todo en compañía de una mujer tan bonita. Y era reconfortante pensar que podía besarla. Y era reconfortante pensar que ella quizá no se opondría a una aventura. Y era reconfortante imaginar que...

Nora bisbiseó:

—Muy bien. Si tanto tiempo llevas pensándolo, ¿por qué no lo haces?

Y acercó un poco su cara a él. Le ofreció sus labios.

Para iniciar una encuesta sobre la vida sexual, aquélla era una posición estupenda.

Murray se dispuso a lanzarse.

Había que pensar en la vida, qué cuerno. Olvidarse de la muerte. Había que pensar en...

Y en ese momento llamaron a la puerta.

Murray se levantó de un salto.

Pensó: «Mulder».

Aquel maldito siempre le interrumpía en lo mejor. Y mientras se acercaba a la puerta volvió a repetir el nombre de Mulder mientras añadía: «Su madre».

Abrió.

Pero no, no era Mulder.

Se trataba de un tipejo pequeño y sinuoso. De una especie de microbio humano con los pies pequeños y la nariz gorda. Un fulano que vestía con elegancia rebuscada, aunque ahora el tipo estaba tan asustado que no se acordaba ni de su corbata. Murray pensó maquinalmente que su visitante tenía pinta de macarra.

Pero no por eso dejó de mirarle con respeto. Cualquier macarra ganaba más dinero que él.

—Usted es Murray —dijo el tipejo.

—Hasta ahora sí.

—Yo soy Liddell.

—Tanto disgusto en conocerle, Liddell.

—¿No me ha oído nombrar?

—No —dijo Murray—. La verdad es que no me lo había echado nunca a la cara.

—Pues la mitad de la policía de Nueva Orleáns me conoce.

—No debe ser en la Brigada de Homicidios.

—No, no... En eso tiene razón. No es en la Brigada de Homicidios. Mis perseguidores están en la Brigada de Hurtos. Soy uno de los carteristas más famosos que hay en toda Louisiana. Entre usted en según qué secciones de la policía y pregunte por Liddell y vera qué desbandada.

El tío se estaba dando un poco de jabón, pero se notaba igualmente que el miedo le roía por dentro. De repente, mientras sus ojos se nublaban con una expresión de angustia, dijo mientras tendía las manos:

—Por favor, déjeme pasar.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? Le advierto que si va a robarme la cartera será mejor que vuelva a principio de mes. Estará más llena.

—No se trata de eso. Parece mentira que aún se pueda bromear con... con... En fin, si he venido aquí es porque necesito decirle algo, Porque hay una cosa que usted necesita saber a toda costa. Y al mismo tiempo deberá protegerme. Yo... yo tengo miedo.

Murray bisbiseó.

—¿De qué?

—Estoy arrepentido y... y van a matarme.

—¿Arrepentido? ¿Cuál es la razón? En fin, pase.

Y fue a hacerse a un lado para que el otro entrara.

Demasiado tarde.

Todo dependió de un segundo.

De un leve parpadeo.

Se oyó un estampido en la escalera.

Y la sangre saltó.

El hombrecillo se tambaleó en la puerta.

Los ojos de Murray se dilataron de sorpresa y de horror al mismo tiempo, mientras se daba cuenta de una cosa increíble: de que habían perforado la cabeza de aquel tipo en la puerta de su propia casa. De que lo habían liquidado con una sola bala cuando iba a pedir ayuda a la policía.

Liddell se tambaleó.

No pudo ni gritar.

Termino doblándose sobre la barandilla como un pingajo.

Lo peor para Murray fue que no pudo saber exactamente de

donde procedía el disparo. Aquella escalera producía tal número de ecos que el sonido no servía de guía. Pero era de suponer que habían disparado desde un plano inferior, y por eso Murray se lanzó hacia allí. Su movimiento fue tan rápido como el de un puma.

Materialmente salto escaleras abajo. Y antes de llegar a la calle tuvo una de las sorpresas más violentas que había tenido desde que aquel maldito caso empezó.

Porque vio a una mujer.

Era joven.

Bonita.

Apetitosa.

Pero, sin embargo a Murray le pareció repulsiva.

Porque aquella mujer la conocía bien, porque era ¡Mildred!

¡Mildred la fugitiva de la prisión!

¡La que había matado a Otis enviándolo a la hoguera!

¡La que había organizado todos aquellos crímenes inexplicables!

¡Y por fin la que acababa de liquidar a aquel tipejo llamado Liddell!

El hecho de que ella no tuviera ninguna pistola en la mano poco importaba. Podía haberla lanzado ya bajo un coche o, simplemente, tenerla oculta. Pero de que acababa de asesinar a Liddell no cabía duda alguna.

Mildred lanzó un gemido.

De pronto parecía aterrada.

Murray hubiese podido disparar contra ella, pues llevaba su arma reglamentaria, pero no la usó en parte por repugnancia de disparar contra una mujer a la que de momento veía desarmada y en parte porque la necesitaba viva a toda costa. Eso era lo esencial. ¡La necesitaba viva!

Grito:

—¡Quieta! ¡Aún tienes una oportunidad! ¡Mildred! ¡Detente!

Mildred saltó hacia atrás.

Había que ver la agilidad que tenía la muy maldita.

Hubiera podido dejar atrás a una gacela.

Murray la vio cruzar temerariamente la calzada por donde ya pasaba una riada de coches. No se la llevaron por delante por puro milagro. En cuestión de segundos ella estuvo al otro lado, casi inalcanzable, como el que está en la margen opuesta de un

infranqueable río.

Murray se lanzó también.

Hubo frenazos, maldiciones, gritos.

La santa madre de Murray que estaba en los cielos se vio más nombrada que el presidente Ford.

Un coche embistió al joven.

Lo envió por los aires.

Murray no había tenido tanta suerte como Mildred, o quizá los conductores ya se habían puesto más nerviosos. Todas sus costillas parecieron crujir. Sus huesos chirriaron. Cayó sobre el capó de otro de los automóviles.

Pero aun así no se dio por vencido.

Siguió corriendo.

El cuerpo le dolía como si lo hubieran pasado por una trituradora. En medio de una sarta de maldiciones y de saludos para sus parientes más cercanos, llegó al otro lado de la calle. Pero durante los interminables segundos en que se jugó la piel a cara o cruz, había tenido que mirar más a los coches que a la fugitiva Mildred. Cuando alcanzó la otra orilla de aquella especie de río, la muchacha había desaparecido.

Murray corrió hacia la esquina.

Pero sabía que era inútil.

Allí había un supermercado con salida a dos calles.

Un túnel de lavado de coches también con salida a dos calles. Mildred podía haber pedido a cualquier conductor que la llevase con él durante el lavado. Y ningún tío con ganas de juerga (es decir, ningún tío) se negaría a lo que le pidiera una chica tan apetitosa.

También podía haberse largado en el autobús que entonces se estaba separando de la parada.

O podía haberse mezclado con la multitud que entonces cruzaba la calle en sentido opuesto, aprovechando la luz verde.

Demasiadas posibilidades para seguirlas todas. Murray eligió la del supermercado porque le pareció quizá la más racional, pero no tuvo suerte. Entre las pilas de géneros para comer, no encontró a una asesina para llevarse a la boca.

Cuando salió de allí, tenía los ojos nublados.

Pero ahora ya sabía algo más.

Sabía por lo menos que Mildred estaba en Nueva Orleans. Y que

lo que pensaba decir el tipejo muerto era de interés esencial para ella. En consecuencia, si lograba desentrañar cosas sobre Liddell daría quizás con la clave de aquel misterio que no tenía explicación posible.

En el umbral de su apartamento, donde yacía el cadáver se habían reunido ya unas cuantas personas: el conserje del edificio, un par de vecinos, un cobrador...

Todos formaban un grupo entre curioso y tétrico al fondo del cual estaba Nora Custer con las manos quietas sobre la boca, como si no se atreviera ni a respirar.

El grupo se apartó al ver llegar a Murray.

Nora le interrogó con la mirada.

—Nada —dijo Murray—. Nada.

Y descolgó el teléfono. El teniente Simpson era el que estaba al cuidado de todos los rateros que pululaban por la ciudad. Él sabría cosas de Liddell.

Y Simpson, en efecto, sabía alguna cosa: por ejemplo que Liddell había sido el fulano con manos más finas que existía en Nueva Orleans. Por lo menos eso fue lo primero que dijo.

—¿Y lo han matado? —balbució—. ¿Quién?

—Ya te hablaré de eso luego, Simpson. Ahora dime si Liddell tenía alguna especialidad.

—Bueno... Especialidad ninguna. Lo mismo robaba una cartera que un pendentif de brillantes. Nada de lo que se pusiera al alcance de sus dedos le duraba al dueño demasiado tiempo, si a Liddell le dejaban actuar.

—¿Pero hubiera sido capaz de cometer un delito de sangre?

—¿Liddell? No, hombre, no... Por Dios, eso no. Él era uno de los últimos representantes de la profesión en su aspecto fino. Si tenía que causar la menor violencia ya no robaba. Precisamente siempre escapó con penas pequeñas a causa de sus buenos modales. No me dirás que estuvo metido en algún asunto de la Brigada de Homicidios, ¿eh? Eso es imposible...

—Está metido, pero de una forma muy indirecta —confesó Murray—. En realidad no tengo la menor prueba de que haya causado daño físico a nadie. Y, sin embargo...

—¿Sin embargo qué...?

—¿Por qué había de venir verme? ¿Qué me quería contar? ¿Por

qué aparece de pronto en un infierno donde ya se ha cocido tanta gente? Eso es lo que no entiendo... Un ladrón fino metido en un asunto así. No tiene sentido.

—Muchacho, ésas son preguntas que tienes que contestarte tú —dijo Simpson—. Y si no que lo haga el chupasangres de Mulder, el jefe de tu Brigada. Lo que puedo asegurarte es que los delitos de sangre no entraban dentro de las costumbres de Liddell. Si le envuelves en un lío de éstos, estás equivocado.

Murray apretó los labios mientras miraba el auricular como si le tuviera odio. No sabía por dónde seguir. Otra vez, como tantas otras, había llegado en aquel maldito asunto a un punto muerto.

Y de pronto tuvo un estremecimiento.

Allí nada encajaba, pero había algo que tal vez sí. Tal vez sí...

—Oye, Simpson —gritó casi—. He tenido una idea. No sé si hay algo que Liddell hubiera sido capaz de hacer.

—¿A qué te refieres?

—Todas las víctimas tenían —excepto Otis— una cosa en común: todas habían sufrido una pequeña herida en las horas anteriores. Nada de importancia, pero la habían sufrido y la herida estaba allí. ¿Es posible que Liddell, con su maestría para mover los dedos, se la hubiera podido causar con un instrumento muy fino mientras estaban, por ejemplo, en una aglomeración?

—En una aglomeración, Liddell era capaz de cualquier cosa. Pero ¿adónde demonios quieres ir a parar?

—No tengo ni idea. Sin embargo, la intervención de Liddell en el asunto sólo la veo por ahí. Es el único resquicio posible.

Se oyó carraspear a Simpson al otro lado del cable.

—Tal vez —dijo—. Eso sí que pudo hacerlo. Y ahora espera a que vaya por ahí. Quiero ver el cadáver de ese pobre tipo.

Murray dijo apagadamente:

—Bien...

Y colgó el teléfono. Se sentía sin fuerzas incluso para hablar. Fue hacia la puerta mientras la cabeza le daba vueltas.

Cuando se llevaron el pequeño cuerpo de Liddell, después de los tramites de rigor, él aún seguía mudo, quieto, como hipnotizado, mientras una serie de sombras fantasmales seguía bailando ante sus ojos.

CAPÍTULO XIV

El pensamiento daba vueltas en su cerebro una y otra vez. Le torturaba. Zumbaba como un moscardón enloquecido al que hubieran metido prisionero debajo de la tapa de sus sesos. Murray, con los ojos cerrados, intentaba ordenar aquellas ideas que no encajaban... ¡y que, al parecer, no iban a encajar nunca!

Porque ninguna pieza se correspondía con la otra en aquel maldito rompecabezas.

Estaban las misteriosas muertes... ¡ocurridas en habitaciones donde de ninguna manera podía entrar nadie!

Y estaban las heridas muy leves que sufrían en las manos todas las víctimas. Unas heridas que ahora tomaban una especial significación a causa de la muerte de Liddell.

Y no era esto solo.

Por fin estaba la hoguera de Otis.

Aquella hoguera en que había de encontrar su trágico fin.

Y estaban las invocaciones a las brujas.

Y aquella especie de aura sobrenatural que lo envolvía todo.

Murray miraba como alucinado frente a sí.

Le era imposible tomar una decisión, aunque sentía que estaba muy cerca de la clave. Era como el que oye una lejana voz que trata de guiarle. Pero esa voz se perdía en las sombras, tornaba a brotar, se perdía otra vez...

El teléfono sonó entonces.

Era el gran cacique Mulder.

Estaba rabioso.

—Tú también tendrías que seguir a Mildred —gritó—. ¡Eres el único que la ha visto! ¡Tendrías que dar vueltas por la ciudad con los patrulleros, maldita sea! ¡Ellos pueden confundirse, tú no!

—Sé que debería hacerlo, Mulder, pero estoy pensando en todos esos crímenes. Y hay cosas que no acaban de encajar.

—¡Infiernos! ¡Ya sé que no encaja nada, pero una sola cosa está clara: Mildred es culpable! ¡Ella mató a Otis delante de testigos! ¿Qué más quieres? ¡Y los otros crímenes empezaron a cometerse a partir del momento en que se fugó de la cárcel! ¡Vamos a lo práctico y acabemos de una vez! ¡Cuando esa bruja haya sido capturada tendremos completamente resuelto el caso!

Murray prefirió no contestar. Se daba cuenta de que, desde un punto de vista oficial, el jefe tenía razón. Pero sin embargo, no era eso... ¡No era eso!

—Mulder —dijo—, si todos los coches patrulla de Nueva Orleans la están buscando, la encontrarán sin duda. Un hombre más no hace falta. Pero de todos modos, Nueva Orleans es una ciudad llena de vericuetos. Aunque no lo parezca, resulta una de las más difíciles del mundo para practicar un registro.

Mulder masculló:

—Preséntate inmediatamente en la Brigada. Te necesitamos.

Y colgó.

Murray dejó caer el teléfono con gesto batido: Otra vez sus pensamientos daban vueltas y más vueltas en torno suyo, como una siniestra espiral. Y otra vez tenía aquella sensación... absurda. Otra, vez le parecía... ¡que le estaban mirando un millón de ojos!

Se miró al espejo.

Y vio en su propio rostro algo peculiar. Vio su piel color ceniza. Vio en su cara algo... ¡que también tenían las caras de los muertos!

¿Miedo?

¿Asombro?

¿Estaba él viendo lo que todas aquellas muchachas vieron antes de morir?

¿O quizá lo estaba pensando?

Miro hacia arriba.

El aire zumbaba en torno suyo.

No sabía por qué.

Allí había algo. Algo que él no veía... ¡Pero que estaba en el aire!

Y de pronto apretó los puños frenéticamente.

¡Claro!

¡Tenía que ser eso!

¡Ya estaba!

Dominado por aquel pensamiento, o más bien dominado por aquella obsesión, descolgó el teléfono. Como si la mano fuera de otro, marcó el número privado del jefe de la Brigada de Homicidios.

La voz del gran cacique sonó como un petardo.

—¿Pero todavía estás ahí, cabrito? ¿Qué haces que no sales con los de la Patrulla Volante?

—Mulder... No he salido porque... porque he estado pensando. He estado pensando hasta volverme loco, y creo que ya tengo la solución.

—¿Qué solución? ¡Dila! ¿A qué esperas para hablar? ¡Dila!

Murray tragó saliva.

De pronto todo se borraba otra vez.

Balbució:

—No... Nada.

Y colgó.

Sí. El pensamiento se había ido. Estaba sujeto con alfileres en su cerebro y una especie de golpe de viento se lo había llevado. Había sido como el roce del ala de un pájaro. De pronto ya no existía nada. Nada...

Murray apretó los puños. Porque, sin embargo, sabía que había estado muy cerca de la verdad. Que casi la había tenido en sus manos. Pero aquella verdad se iba como un soplo. Igual que si no hubiera existido nunca, se disolvía en el aire.

Murray salió a la calle.

Andaba como un borracho.

Igual que un alucinado, se metió en aquel callejón.

Todo lo veía como entre brumas. El pensamiento seguía zumbando en su cráneo. Zumbando... Zumbando...

Hasta que de pronto todo dejó de existir para él.

Hasta que aquel golpe tremendo en la nuca lo envió al mundo de los sueños.

El suelo se acercó vertiginosamente a sus ojos.

Chocó contra la pared.

Y terminó cayendo de costado, con la boca entreabierta, mientras por entre sus labios se deslizaba un hilillo de sangre.

CAPÍTULO XV

Cuando un hombre que sabe que tiene un criminal muy cerca es atacado de ese modo, no le puede caber la menor duda de que va a morir. En el momento en que se desplomó, cuando el callejón daba vueltas en torno suyo, Murray pensó que aquél era su último momento.

Estando sin sentido, lo liquidarían. Lo podrían partir en pedazos, puesto que por el estrecho callejón entre dos edificios no pasaba nadie. Después de tanto pensar en la solución, ahora había llegado al último camino. Al macabro y oscuro fin...

Por eso le sorprendió tanto llegar a despertar y ver la luz del día que se filtraba por entre los resquicios de aquel sucio callejón de Nueva Orleans. Se palpó maquinalmente la cabeza y vio que la tenía entera. Las sienes le zumbaban, pero se sentía bien. No tenía, al parecer, ningún hueso roto.

Pudo ponerse en pie.

No se veía a nadie en el callejón.

Pero ¿qué diablos pasaba? Si no le habían atacado para matarle, ¿para qué infiernos lo habían hecho?

Y de pronto sintió aquel dolorcillo.

Era muy poca cosa.

Casi insignificante.

Pero estaba allí.

Estaba en su mano derecha.

Murray la alzó poco a poco, mientras sus ojos se desencajaban. Y entonces, al tenerla a la altura de su cara, estuvo a punto de lanzar un grito de horror. Porque su mano... ¡también presentaba aquella pequeña heridita! ¡Porque tenía la misma señal que habían llegado a tener todos los muertos...!

Murray quedó sin fuerzas, sin respiración. Miró como

hipnotizado aquella mano que le parecía la mano de otro.

La sangre resbalaba un poco por entre los dedos. Llego a su cara una especie de soplo del Más Allá.

Todo vacilaba en torno suyo.

Porque aquello no tenía sentido. Aquello era... era...

Y de repente el soplo volvió. La corriente de aire le dio en la cara, Una puerta se había abierto delante de él.

Murray miró hacia allí.

Era la única puerta del callejón.

Acababa de girar ante sus ojos.

Y en ella, mirándole fijamente, estaba... estaba...

Murray gimió de asombro y de horror al verlo.

¡Porque desde allí le contemplaba el primero de los muertos! ¡Le contemplaba EL PROPIO OTIS...!

CAPÍTULO XVI

De la garganta de Murray, después del primer gemido de asombro, escapó un grito de decisión. Bruscamente el pensamiento que había tenido cuando llamó a Mulder se aclaró. Se lanzó en tromba hacia allí, pese a haberse dado cuenta ya de que mientras estaba sin sentido le habían quitado la pistola. Otis retrocedió.

La puerta se cerró detrás de Murray.

Era de las que se cierran automáticamente.

Y entonces el joven se encontró en una habitación cuadrada, no muy grande, completamente vacía a excepción de un par de viejos taburetes. Sobre uno de ellos había una caja de cartón grueso. Nada más. Aquélla era la única decoración y el único mobiliario.

Otis estaba unos pasos más allá.

Se había quitado las gafas negras que cubrían sus ojos, razón por la cual se le reconocía muy fácilmente.

No llevaba armas visibles, ni al parecer las necesitaba.

Era admirable y al tiempo asombrosa aquella sensación de seguridad que daba, la extraña sensación de tener en su mano todos los resortes de la muerte.

Su voz fue tranquila, casi helada, cuando dijo:

—No, ésta no es mi guarida. Demasiado cerca de tu casa, Murray. Pero he tenido la suerte de poder aprovechar un callejón y un almacén vacío cuya puerta he forzado. Aquí nadie nos molestará.

A Murray le costó trabajo hablar. Pese a que iba recobrando su aplomo, aún tenía la sensación de que nada de aquello era verdad. Con voz opaca preguntó.

—¿Pero cómo infiernos estás vivo?

—Por la sencilla razón de que no morí yo.

—Eso es evidente, pero entonces, ¿quién...?

—Un pobre drogado de mi edad y que se parecía bastante a mí. Invitarle a la fiesta, empapurrarle de heroína y tenerlo encerrado

mientras los demás se empapurraban también, fue muy fácil. Más fácil aún fue encender la hoguera y ponerme a bailar mientras invocaba a las brujas. Eso era algo que los otros no olvidarían jamás. Algo que era necesario y al mismo tiempo formaba parte de la ceremonia de la muerte.

—Todo lo de la hoguera lo sé, pero... pero ¿qué papel jugaba el otro?

—Hum... Calma, muchacho. No te atropelles en las preguntas... Cuando todo estaba en su mejor momento, saque a aquel pobre tipo después de vestirlo con mis ropas, ponerle las gafas y darle un aspecto tan parecido al mío que cualquiera hubiese podido confundirse... si estaba en una habitación algo oscura y previamente se había metido heroína hasta por las orejas. Exactamente como estaban aquellos testigos. Todos ellos ME VIERON MORIR.

—Pero... Pero Mildred te empujó.

—Había pedido a mi doble, a cambio de darle más droga, que insultara a Mildred. Ella le dio un empujón cosa a la que era bastante aficionada, según yo sabía bien. Existían ocho posibilidades contra diez de que aquel pobre tipo saliera despedido por la ventana, como así sucedió. Y abajo estaba la hoguera. La hoguera que había de consumirlo hasta los mismísimos huesos... dejándome A Mi convertido en cenizas irreconocibles. Convirtiéndome en un muerto del que nadie sospecharía ya jamás...

—Pero ¿por qué? —masculló Murray—. ¿Qué necesidad había de ese crimen? ¿Por qué tenías que acabar así?

—Por una sencilla y elemental razón: mi tráfico de drogas se había hecho tan importante que ya empezaban a sospechar seriamente de mí, y por tanto me era indispensable desaparecer para actuar con otra personalidad y otro nombre. ¿De dónde pensáis que salían los coches deportivos, los buenos trajes, las fiestas y todo lo demás? Lo tenía todo planeado, y aquél había de ser mi único crimen. No había necesidad de más. Pero es cierto el *adagio* de que, cuando se mata una vez, se tiene que seguir matando. Me di cuenta de que la policía no había archivado el caso. De que, aunque la acusada oficialmente era Mildred, se estaban buscando pruebas y más pruebas. Los testigos, una vez pasados los efectos de la heroína, empezaban a recordar detalles que no

encajaban. Me entró el temor de que mi trabajo no hubiera servido de nada, de que acabaran encontrando pruebas según las cuales el muerto no era yo. Eso me hundiría.

—¿Y liquidaste a aquella muchacha cuya cabeza... cuya cabeza?

—Sí, ya sé que el recuerdo no te gusta polizonte, pero era una de las que más cosas oscuras habían declarado ante el fiscal del distrito. Una de las que más odian comprometerme con sus oscuros recuerdos. De todos modos puede que no hubiera hecho nada pero en ese momento una circunstancia fortuita me ayudó: ¡Mildred había conseguido fugarse! Por lo tanto todos los crímenes que yo cometiera se los cargarían a ella! ¡Siempre a ella, sin duda alguna!

Lleno de excitación, apretó los puños y entreabrió la boca con una mueca. Sus ojos brillaban ahora de una forma casi demoníaca. Con voz espesa continuó:

—Pero tenía que hacer algo más. Tenía que salvar «algunos detalles». Como por ejemplo llevar a la tintorería el vestido de Clara Bell: pues en él tenía que haber quedado adherido por fuerza algún pelo largo de los del tipo que murió, pelo largo que a ella acabaría por llamarle la atención cuando quisiera cepillar aquel vestido. Si lo llevaba a la policía y la policía lo analizaba, pronto se vería que no correspondía al color de los míos, pues de mi figura tenían excelentes fotos. Igual ocurrió con el peine de Katherine Powell, ya que aquel imbécil se había peinado con él poco antes de que le dieran el empujón mortal. Y con los zapatos de Sally Spencer, pues al rascarle las suelas descubrí adherida una lentilla, justo la lentilla que buscaba y que me hundiría para siempre si la policía llegaba a dar con ella. Porque era la que había perdido mi doble. Le tuve que poner dos lentillas de color para dar a sus ojos la tonalidad de los míos...

Murray estaba más asombrado cada vez. Ahora comprendía el porqué de muchas cosas que antes le habían parecido incomprensibles. Ahora lo empezaba a ver todo claro. Con la misma voz opaca susurro:

—Pero una vez conseguida la eliminación de esas pruebas ¿para que necesitabas matar?

—Hum... Te lo he estado explicando ya: para anular sus recuerdos, los detalles contradictorios que ellos empezaban a ligar unos con otros. El solo hecho de que se supiera que yo estaba vivo,

me hundía para siempre. Y además era muy fácil matar. Era... era una obra de arte.

Sus ojos brillaron un momento con orgullo. Aquel tipo sentía la satisfacción «del trabajo bien hecho...». Recreándose con la narración, sabiendo que con aquello demostraba su superioridad sobre la policía, continuó:

—Necesitaba emplear a Liddell. Ese tipejo sólo tenía una misión, que era la de causar una heridita a mis víctimas antes de que yo acabara con ellas. Esa heridita era el pasaporte para la muerte. Lástima que Liddell se llegara a asustar al ver lo que se complicaban las cosas e intentara explicarte a ti algo de lo que sabía. Desde ese momento firmó su sentencia de muerte. Lo tuve que liquidar casi ante tus narices, pero antes había calculado bien las cosas. Hay que tener un poco de serenidad hermano... Cité a Mildred por teléfono delante de tu casa, falseando la voz y diciendo que era un amigo. Yo disparé desde el descansillo del piso superior, pero tú imaginaste, lógicamente, que el asesino huiría hacia la calle. Y al encontrar allí a Mildred, por fuerza le habrías de cargar el crimen a ella... Yo tuve el camino libre para la fuga, y ella por lo que vi más tarde, pudo escapar también. Pero el detalle de Mildred, a la que la policía sigue buscando pese a ser inocente, no tiene importancia. Lo esencial es que esa pequeña heridita abría para mis víctimas el camino de la muerte.

—¿Es que Liddell se la causaba con un instrumento envenenado?

—No, claro que no. Ni Liddell hubiera hecho eso ni hay venenos tan extremadamente lentos. Yo necesitaba ALGO MÁS. Y ese «algo más» consistía en el leve olor despedido por la sustancia que impregnaba el arma con la que Liddell había causado las heridas. Un olor no perceptible para los humanos, pero muy atractivo para las moscas. Lo comprendes ahora, supongo... Lo empiezas a ver claro... En realidad sé que has empezado a verlo claro antes, y por eso debes morir. Eres el único que podría descubrirme... El único que podía llegar a saber... que me bastaba dejar las moscas cerca. QUE LAS MOSCAS ENTRABAN SIGUIENDO A LA PROPIA VÍCTIMA. Incluso en el caso de aquel barco, del Albatros, las aproximé depositándolas en el cadáver de un gato que las aguas del río enviarían donde vosotros estabais anclados. Los millones de ojos... MIRABAN A CADA VÍCTIMA ANTES DE TRAERLE LA

MUERTE. Estaban allí... La vigilaban. Sus patas impregnadas de veneno a base de digitoxina se posaban en la heridita ¡y unos minutos después causaban la parálisis del corazón! La digitoxina produce ese efecto, yo la combinaba hábilmente con el ácido prúsico para acelerar sus efectos. El dictamen médico era ¡fallo cardíaco! ¡No se había producido ningún asesinato! ¡Yo mataba SIN MATAR!

Y lanzo una carcajada ronca mientras abría la tapa de la caja de cartón. Murray vio con ojos desencajados que dos docenas de moscas salían perezosamente. Dos docenas de moscas en cuyas patas estaba la muerte. Murray supo desde el primer momento que la heridita que le habían causado también despedía para ellas el mismo olor. Supo que vendrían... ¡hacia él! ¡Sólo hacia él!

Estaba condenado como los otros... ¡sin que jamás pudiera nadie averiguar que aquello había sido un asesinato!

Una brusca, una rabiosa desesperación se adueñó de él. Ya no era el temor a morir. Era el deseo brutal de acabar, de morir matando, de liquidar a aquella hiena para que no cometiera más crímenes, de luchar hasta el fin... Por eso levantó la banqueta con las dos manos y avanzó con la velocidad del rayo.

Otis le miró con ojos desencajados mientras lanzaba un grito. No había esperado aquella reacción. Pero él tenía la pistola de Murray y ésa era un arma mejor que las moscas en caso necesario. Disparó con ella. Murray se estremeció mientras sentía en un costado el salvaje aguijonazo del plomo.

Pero aquello produjo un efecto beneficioso para Murray, un efecto que Otis no esperaba. Las moscas, a las cuales no hubiera podido esquivar, se asustaron con la detonación. Brincaron hacia las paredes. Y Murray no se detuvo.

Con todas sus fuerzas, mientras sentía el flujo de la sangre en el pecho, dejó caer la banqueta sobre la cabeza de Otis. La dejó caer dos veces. Todas sus fuerzas toda su rabia, todo su odio quedaron plasmados en aquellos impactos brutales durante los cuales oyó el borboteo de la sangre y el chasquido de los huesos.

Con los ojos desencajados, con las piernas a punto de fallarle, Murray miró incrédulo a su víctima, a aquel hombre con la caja craneana hundida ¡y que por fin había muerto de verdad! Aquel hombre en torno del cual... ¡flotaban los miles de ojos de las

moscas!

Todo dio vueltas otra vez en torno a Murray. Pero se dio cuenta de que si caía estaba perdido. Aunque lograra sobrevivir a la herida, las moscas se abalanzarían sobre él apenas desfalleciese. No irían más que hacia la heridita que despedía el especial olor. Por tanto tenía que sacar fuerzas de flaqueza... ¡y avanzar! ¡Avanzar! ¡Avanzar como fuese!

Salió a trompicones del cuarto. Al verse en el callejón cerró la puerta bruscamente, pero al menos cinco moscas lograron salir. Eran obstinadas como buitres. Murray echó a correr con todas sus fuerzas, dejando atrás un rastro de sangre. Las moscas no se detuvieron. Murray vio en la parada un autobús que iba a arrancar.

Saltó, hacia él. Las puertas se cerraron automáticamente. Murray lanzó un suspiro mientras se apretaba el pecho. Podía considerarse salvado... Salvado... Sal...

De pronto vio la mosca en la caja del cobrador. Una había podido entrar. Se posó en la mejilla de una señora. Ésta la asustó. Murray vio que venía hacia él.

Aulló:

—¡Pare! ¡Pare aquí! ¡PAREEEEE!

El conductor pensó que acababa de embarcar a un loco. Vio la sangre y se asustó. Pensando en un crimen dio un brusco frenazo y abrió la puerta.

Murray salió disparado.

Jamás lo hubiera imaginado. Jamás hubiese podido pensar... ¡que él huiría de una mosca!

Casi rodó por la acera.

Las puertas del autobús se cerraron.

Todo pareció dar vueltas en torno a Murray.

El sol caía a plomo.

La mosca zumbó en torno suyo.

¡Había logrado salir! ¡Estaba tras él! ¡VENÍA!

Murray tenía una ventaja sobre las otras víctimas era la de conocer la importancia de aquella heridita. Por lo tanto se la cubrió mientras corría locamente. La gente le miraba porque iba dejando un rastro de sangre. Nadie sabía de qué huía. Le tomaban por un loco.

Y la mosca. ¡Seguía tras él!

Murray casi tropezó con la cabina telefónica. Se metió en ella de golpe, de un salto, como un nadador se lanzaría al agua. Cerró la puerta. Y vio la mosca pegada al cristal como una obsesión, como una amenaza, como la muda imagen de una extraña muerte...

Murray sudaba angustiosamente.

Nunca le había ocurrido aquello.

Pero sabía que quizá estaba perdido.

No iba a poder salir de allí.

La mosca le esperaba, le acechaba, le vigilaba con sus múltiples ojos...

Y entonces pasó aquel muchacho.

Un negrito zumbón.

Dicharachero.

Chulín.

Llevando un pastel de bodas como quien lleva un trofeo.

Casi rozó la cabina antes de atravesar la calzada.

Y los ojos de Murray se entrecerraron entonces.

Suspiró de una forma total.

Se vació por dentro.

Porque la mosca ya no estaba allí.

Se había ido con el pastel.

Sintiendo que las piernas se le doblaban, Murray llamó por teléfono a su propio apartamento, donde sabía que estaba Nora Custer, Cuando oyó su voz, cuando captó a través del aire su presencia cálida, susurró:

—Nora, tienes que venir a buscarme. Estoy en una cabina telefónica del cruce de Mayne con Hughes... Ven pronto y trae un médico. Ah... Y si quieres trae también un juez. Podemos casarnos si te parece, a ver si al final me puedes hacer tu maldita encuesta. Podemos casarnos pero sin... sin... sin...

Nora grito asustada desde el otro lado del hilo.

—¿Pero sin que? ¡Contesta, Murray, por Dios! ¡Contesta!

Y él gimió:

—Sin pastel de bodas, nena...

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE**

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



